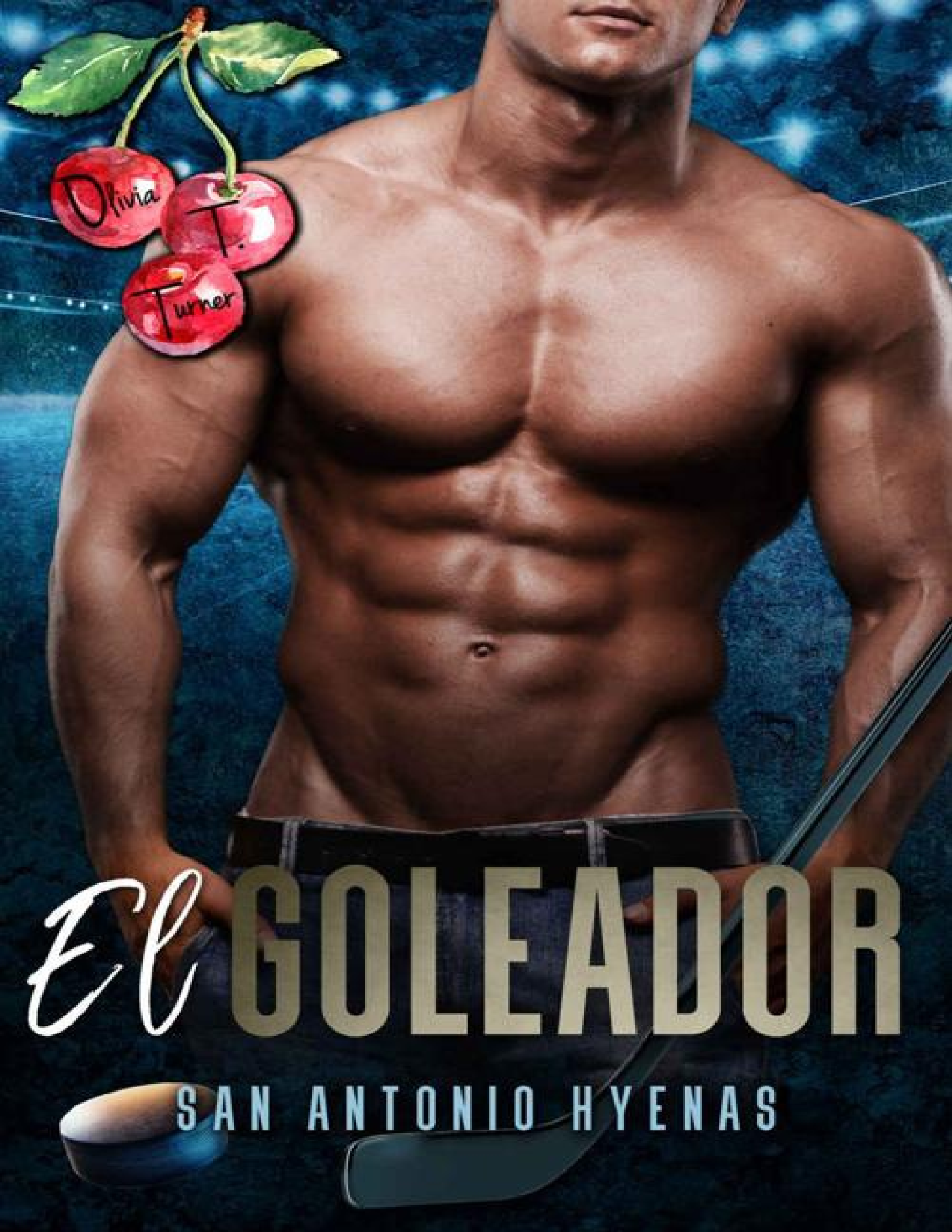

Olivia T. Turner
El GOLEADOR
SAN ANTONIO HYENAS

EL GOLEADOR

SAN ANTONIO HYENAS

LIBRO 1

OLIVIA T. TURNER



Copyright© 2025 por Olivia T. Turner.

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de este libro puede ser reproducida o transmitida en ninguna forma ni por ningún medio, ya sea electrónico o mecánico, incluyendo correo electrónico, fotocopias, impresión, grabación o cualquier sistema de almacenamiento y recuperación de información, sin el permiso por escrito de la autora.

Para solicitudes de permiso, envíe un correo electrónico a Olivia@oliviatturner.com.

¡Gracias por apoyar mi trabajo!

Esta es una obra de ficción. Cualquier semejanza con eventos reales, negocios, empresas, lugares o personas, vivas o fallecidas, es pura coincidencia.

www.OliviaTTurner.com

ÍNDICE

El Goleador

Capítulo Uno
Capítulo Dos
Capítulo Tres
Capítulo Cuatro
Capítulo Cinco
Capítulo Seis
Capítulo Siete
Capítulo Ocho
Capítulo Nueve
Capítulo Diez
Epílogo
Epílogo
Epílogo

Otras Obras
Otras Obras

EL GOLEADOR

He estado enamorada de Sebastian Kemp desde segundo grado.
Sí, *el* Sebastian Kemp.
Jugador de hockey mundialmente famoso. Playboy internacional. Guapísimo rompecorazones.
Lo sé, ¿verdad? Ponte a la cola.
He sido la mejor amiga de su hermana menor desde segundo grado, pero estaba convencida de que él había olvidado que yo existía.
Por eso me sorprendí tanto cuando encendí las noticias y vi mi nombre y mi cara por todas partes, diciendo que estábamos comprometidos.
Aparece de la nada.
Ocho años desde la última vez que lo vi y de alguna manera se ve aún más guapo.
Dice que necesita que finja ser su prometida.
Solo por una noche.
Qué provocador.
Es como finalmente conseguir tu postre favorito, pero solo te dan un pequeño bocado.
Aun así, cualquier probada de Sebastian es mejor que nada.
Le daré un mordisco en cualquier momento.
Al final de la noche, mi amor platónico de toda la vida parece que quiere devorar*me*.
Pero, ¿es real o parte de la farsa?
No tengo ni puckin' idea.

Conviértete en fan del equipo de hockey más candente de la ciudad: Los Hienas de San Antonio. ¡Donde los chicos saben cómo manejar sus grandes palos y son tan calientes que derretirán el hielo!

Una nueva serie de hockey ardiente de la especialista Olivia T. Turner. Amor a primera vista en su máxima expresión sin infidelidades y siempre garantizando un final feliz súper dulce.

Para Lauren.
Quien de adolescente me arrastró a un partido de hockey para ver jugar a unos chicos guapos y luego tuvo que arrastrarme de vuelta.



CAPÍTULO UNO

Sebastian

—¿Ahora me puedes decir? —le pregunto a mi agente con una mirada acerada—. ¿Por qué demonios estoy en San Antonio?

Estamos fuera de una oficina en un lujoso rascacielos de la ciudad esperando una reunión misteriosa. Ha sido todo secreto y confidencial durante la última semana. Mi agente Lydia dijo que valdría la pena. Dijo que me dejaría boquiabierto.

Tengo que ser honesto, mis expectativas son bajas.

En términos de ciudades de hockey, San Antonio se ubica en el fondo. Literalmente. Los San Antonio Hyenas son el peor equipo de la liga. Lo han sido durante décadas.

Cualquier "trato asombroso" que haya preparado ya apesta como una bolsa de hockey sudada bajo el sol de Texas. No quiero tener nada que ver con eso.

Si la persona con la que nos vamos a reunir no hubiera enviado su jet privado a recogerme, nunca habría aceptado venir. De ninguna manera volaría en un vuelo comercial solo para decirle a los Hyenas que nunca jugaré para su equipo de mierda.

—¡Está bien, supongo que puedo decírtelo! —dice Lydia con una gran sonrisa enérgica. Está empeorando mi resaca. Me duele la cabeza y mi paciencia se está agotando—. ¿Qué te parecería ser un Hyena?

—¿Qué te parecería estar desempleada?

—Escúchame —dice mientras se endereza en su asiento—. Hay un nuevo dueño en la ciudad. ¿Oíste sobre la adquisición este verano?

—Sí —digo mientras me hundo en el sofá de cuero, deseando no haberme subido a ese jet después de todo. Sabía que esto sería una pérdida de tiempo—. Algún multimillonario compró el equipo. ¿Y qué?

—Pues —dice, apenas pudiendo contener su emoción. Esta energía es por lo que la contraté como mi agente cuando entré en la liga hace cinco años. Parecía tan entusiasta y llena de espíritu.

Pensé que su exuberancia me conseguiría más contratos de patrocinio y salarios más altos. No tuve en cuenta cómo empeoraría mis resacas—. No es cualquier multimillonario. Es Brantley Van Morgan.

La miro fijamente. ¿Se supone que debo saber quién es ese?

—Puedo ver que no pareces impresionado —dice, sin que su sonrisa se desvanezca ni un poco—. Pero espera a ver lo que tiene planeado para esta franquicia.

—Son los malditos Hyenas —digo con una risa, aunque está lejos de ser gracioso—. ¿Por qué demonios jugaría aquí?

—Creo que tienes que escuchar con una mente abierta y un corazón claro.

Niego con la cabeza mientras la escucho. ¿Cómo puede mi agente estar tan desconectada de la realidad? ¿Los malditos Hyenas? ¿En serio?

Me llaman El Francotirador por una razón. Fui el máximo anotador de la liga durante los últimos cinco años. Nadie maneja el disco como yo. Cinco años en la liga y he traído a casa tres Copas Stoney.

Qué pérdida de tiempo. Ahora, también tendré que empezar a buscar un nuevo agente cuando regrese a casa.

—Puedo ver que no estás contento —dice cuando ve mi cara—. Pero Sebastian, creo que vas a...

La puerta de la oficina se abre, interrumpiéndola. Un tipo con un traje a medida sale y nos hace un gesto con la cabeza—. El Sr. Van Morgan está listo para verlos ahora.

Suspiro mientras me pongo de pie. Esto mejor que termine rápido. Quiero estar de vuelta en Miami y acomodado en algún bar de mala muerte tres whiskys adentro antes de la medianoche.

—Recuerda —susurra Lydia mientras caminamos hacia la oficina—. Mente abierta.

Estoy más listo para darles un pedazo de mi mente mientras entro.

Brantley Van Caraculo está de pie en la cabecera de la enorme mesa con su traje de diseñador azul oscuro—. Bienvenido a la sede de los Hyenas, Sr. Kemp —dice con una voz profunda y autoritaria. Parece que ronda los cincuenta años con su cabello sal y pimienta y su barba bien arreglada—. Por favor, tome asiento.

Lydia y él intercambian saludos mientras miro alrededor de la lujosa sala de conferencias en mi camino hacia un asiento. Tiene cinco trajes en su lado de la mesa. Parecen una línea de maniquíes dementes con la forma en que me están sonriendo. Estoy demasiado resacoso para esta mierda.

Me desplomo en mi silla mientras todos se sientan.

—Gracias por venir —dice Van Morgan con un gesto de cabeza—. Supongo que Lydia lo puso al tanto, ¿no?

—No.

—Quería que fuera una sorpresa —dice Lydia, radiante mientras mira al multimillonario—. Pensé que sería mejor que usted se lo dijera.

Oh, Dios, necesito un nuevo agente. Preferiblemente uno que no me llame antes del mediodía y que no sea tan condenadamente alegre todo el tiempo.

—Perfecto —dice Van Morgan con una sonrisa—. Sr. Kemp, nos gustaría ofrecerle un puesto en los San Antonio Hyenas.

Lo miro con ojos muertos.

Él me devuelve la mirada.

¿Este tipo habla en serio? Antes estaba molesto, pero ahora estoy cabreado.

No quiero parecer arrogante, pero soy el mejor maldito jugador de la liga. Gané tres Copas Stoney seguidas. *¡Tres!* Podría ir a cualquier parte. Como si fuera a venir a esta catástrofe de organización. ¿Soy una broma para él?

Mis manos se aprietan en puños bajo la mesa mientras el martilleo en mi cabeza se vuelve más fuerte y más enojado.

—Sé lo que debe estar pensando —dice Van Morgan levantando una mano—. ¿Por qué yo, Sebastian Kemp, el mejor jugador de la liga, vendría a los Hyenas de todos los lugares?

—Sí, más o menos.

—Bien, déjame hacerte mi propuesta.

Me cruzo de brazos y lo miro fijamente. —Tienes cinco minutos.

Sonríe. —¿Qué significa una hiena para ti?

—Un equipo de hockey de mierda.

—Me refería al animal.

—No sé. Un perro sucio que come sobras.

—Las Hyenas son los animales más astutos de todos —dice mientras me mira fijamente—. Puede que no sean tan majestuosas como un león o tan imponentes como un gorila, pero son bestias tenaces y duras que trabajan juntas hacia un objetivo común.

—¿Esto es una entrevista para un zoológico o para un equipo de hockey?

Lydia pone su mano en mi brazo y sonríe nerviosamente. —Está bromeando.

No lo estaba.

—Tengo una visión para este equipo de hockey —dice Van Morgan en un tono firme—. Las Hyenas van a pasar del fondo de la manada a la cima. Y nos gustaría que fueras parte de ese viaje.

Respiro profundamente mientras lo miro.

—Su equipo no es un contendiente —le digo sin rodeos.

—Cualquier equipo en la liga es un contendiente contigo en él —responde.

Tal vez, pero no puedo hacerlo solo. —¿A quién más tienes?

—Harris Sutton —dice—. Defensor estrella.

—Sí, tal vez hace diez años —digo con una risa. Ese viejo veterano está muy pasado de su mejor momento—. ¿Alguien más?

—Nolan Barlowe.

Sonríe cuando ve la sorpresa en mi cara. Nolan es, por mucho, el mejor portero de la liga. No sabía que había firmado aquí. Me giro hacia Lydia sorprendido. Ella asiente con una sonrisa cómplice en su rostro.

—Edvard Svensson.

—¿Qué? —susurro mientras un escalofrío recorre mi espalda. Es el mejor jugador de Europa, pero siempre se negó a mudarse a América. No sé cómo este multimillonario logró que Svensson viniera y se uniera a las Hyenas de entre todos los equipos. Debe haber habido una cantidad obscena de ceros en ese cheque.

—También conseguimos a Austin Gambill en el draft —dice con una sonrisa—. ¿Cómo te gustaría tener al número uno del draft alineado junto a ti? ¿Cuántos goles crees que anotarías con él pasándote el disco?

Una cantidad récord.

Tengo la piel de gallina mientras me siento un poco más erguido en mi silla.

—Sé que has tenido problemas con equipos que te atacan de forma sucia —dice Van Morgan —. Tu equipo actual en Miami no ha logrado proporcionarte la protección adecuada. Bueno, las Hyenas ya han fichado a Tucker McKinstry para ser tu guardaespaldas.

Mi mandíbula cae. Es el tipo más duro de la liga. No estoy seguro si es mejor boxeador o mejor jugador de hockey, pero quiero tenerlo de mi lado por una vez. Muchos de esos golpes sucios que recibí a lo largo de los años fueron de él y *no* se sentían bien.

Los jugadores lo pensarán dos veces antes de meterse conmigo si saben que Tucker McKinstry será desatado sobre ellos si se pasan de la raya.

—Y —dice Van Morgan mientras mi ritmo cardíaco se acelera—, para liderar la manada, traje al legendario entrenador, Finn Moss.

Estoy demasiado atónito para hablar. Es el mejor entrenador en la historia de la liga. Está retirado ahora, bueno, *estaba* retirado.

—Además de todo eso —continúa Van Morgan—, tenemos un nuevo estadio de última generación casi terminado. Tenemos todo lo que necesitamos para formar una nueva dinastía en la liga. Todo lo que nos falta es El Francotirador.

Mi corazón late tan rápido. Mi dolor de cabeza se ha despejado y me siento mareado en su lugar. Esto es... increíble.

Es exactamente lo que quiero. Lo que necesito. Un nuevo comienzo. Una oportunidad de ser grande. Verdaderamente, verdaderamente grande.

—Y esto es lo que nos gustaría ofrecerte.

Van Morgan desliza un pedazo de papel sobre el escritorio. Lo volteo y mi garganta hace un repentino sonido de gemido cuando veo todos los ceros.

Ni siquiera quiero negociar. Quiero saltar sobre la mesa y gritar "¡¡¡SÍ!!!" a todo pulmón.

—Solo una cosa —dice Van Morgan mientras desliza el papel de vuelta—. Tenemos nuestras reservas. Debemos considerar tu reputación.

La emoción en mi pecho se desinfla como un triste globo.

Miro a Lydia. Se ve tan preocupada como yo me siento. Puede que me haya ocultado el anuncio divertido, pero no me estaba ocultando esta parte. Está tan a oscuras como yo.

—Sebastian Kemp es conocido como un jugador de equipo —dice Lydia, saltando en mi defensa—. Es un trabajador incansable, un atleta que aparece una vez en una generación y una máquina de anotar goles.

—Nadie está debatiendo sus logros en el hielo —dice Van Morgan—. Es fuera del hielo donde está el problema.

Mi estómago se hunde mientras tres años de titulares de tabloides pasan por mi mente.

El sabor de la semana para Sebastian Kemp: La actriz Wynona Belle.

Sebastian Kemp envuelve su nuevo Ferrari alrededor de un poste telefónico.

¿Caja de penalización o cárcel para Sebastian Kemp? Estrella del hockey atrapada en otra pelea de bar.

Hay más. *Muchos* más. La mayoría son mentiras.

Lydia se vuelve hacia mí con una sonrisa tensa.

—No te conviertes en multimillonario perdiendo dinero —dice Van Morgan—. Me gusta asegurarme de que mis inversiones me traigan un retorno. Y es difícil que mis inversiones me traigan un retorno si están atrapadas en alguna cárcel de pueblo pequeño por pelear con paletos o si se han conducido a sí mismas por un acantilado después de vaciar una botella de Jack Daniel's.

—Esos días han terminado para Sebastian —interviene Lydia con un tono casi frenético—. ¡Ha dado vuelta a la hoja! ¡Es un hombre nuevo!

Van Morgan no parece convencido. Probablemente son las bolsas debajo de mis ojos inyectados en sangre.

—Aún no se ha anunciado a la prensa —dice Lydia con un suspiro profundo. La miro de reojo—. ¡Pero Sebastian tiene una nueva novia!

—¿Quién es esta semana? —dice Van Morgan en un tono plano. No parece impresionado con la sorpresa falsa de mi agente.

—No es así —dice Lydia con un tono agudo en su voz—. ¡Es una chica inteligente, maravillosa y capaz de la que Sebastian está enamorado!

¿De qué está hablando esta mujer? La estoy mirando como si se hubiera vuelto completamente loca.

—Ella lo mantiene a raya —dice Lydia con una risa nerviosa—. De hecho, ¡están comprometidos!

Van Morgan parece escéptico. —¿Comprometidos?

—¡Sí! —dice Lydia. Se vuelve hacia mí con ojos grandes y sin parpadear—. ¿Verdad, Sebastian?

Mi pecho duele mientras la miro fijamente.

Realmente quiero unirme a este equipo. Aunque sean las Hyenas, esta plantilla podría ser

algo especial. Y convertir la peor franquicia de la liga en la mejor realmente cimentará mi legado para siempre. Puedo alcanzar el siguiente nivel con este equipo: el nivel legendario.

¿No vale la pena mentir sobre una prometida?

Demonios, puedo simplemente decir que el compromiso se rompió después de firmar el contrato.

—Sí —digo, asintiendo con una cálida sonrisa en mi rostro—. Soy un hombre nuevo. Estoy enamorado y comprometido para casarme con el amor de mi vida.

Lydia toma su primer respiro en cinco minutos.

Imagino que no mucha gente ha logrado mentirle a este hombre, pero no nos desenmascara mientras nos mira con escepticismo.

—Bien —dice Van Morgan sin apartar sus ojos penetrantes de mí—. Estoy dando una fiesta de cócteles en mi casa el viernes por la noche. Confío en que usted y su prometida podrán asistir.

—¡Estarán allí! —dice Lydia, interviniendo antes de que pueda responder—. ¿Verdad, Sebastian?

Es martes, lo que significa que solo tengo tres días para encontrar una prometida falsa.

Va a ser casi imposible, pero tendré que intentarlo. Quiero ser parte de este equipo. Desesperadamente.

—Nos encantaría asistir —digo.

—¿Y el nombre de su prometida? —pregunta Van Morgan.

Lydia me mira con ojos grandes y una sonrisa tensa.

—Alina —digo—. Alina Hoover.

No tengo idea de por qué ese nombre apareció en mi cabeza, pero lo hizo.

Era la mejor amiga de mi hermana menor cuando crecíamos.

No he pensado en ella en años, así que no tengo idea de por qué fue el primer nombre que se me ocurrió. Extraño.

—Perfecto —dice Van Morgan con un asentimiento—. Si todo va bien el viernes, tendremos el contrato listo para que lo firme.

—O, podemos firmarlo ahora —sugiere Lydia con una risa nerviosa—. Ya que estamos todos aquí...

—El viernes estará bien —dice Van Morgan con un firme asentimiento.

Se pone de pie y todos lo siguen. No sé por qué paga a estas cinco personas para que estén aquí si él va a hacer toda la conversación, pero en fin. Supongo que cuando tienes miles de millones en el banco, ahorrar dinero es la menor de tus preocupaciones.

Estrecha la mano de Lydia y luego la mía.

—Voy a traer una Copa Stoney a San Antonio —dice, con sus ojos rebosantes de intensidad —. Múltiples copas. Espero que pueda unirse a nosotros en la diversión.

—Yo también lo espero.

—Hasta el viernes entonces. Estoy deseando conocer a esa prometida suya. Se necesitará una

mujer fuerte para mantener a raya al salvaje Sebastian Kemp.

—Como dije, soy un hombre nuevo.

—Bien —dice Van Morgan con un asentimiento despectivo—. Porque no tendré una responsabilidad en mi equipo, sin importar cuán talentoso sea.

Mi estómago se hunde mientras me dirijo a la puerta. *Mierda*.

Camino con Lydia hacia los ascensores en silencio. Miramos al suelo y al techo hasta que las puertas se abren y entramos.

Una vez que se cierran, ambos estallamos.

—¿Por qué dijiste que estaba comprometido?

—¿Por qué diste un nombre?

El ascensor desciende mientras maldecimos y gritamos un poco más.

—¿Quién es esta chica de todos modos? —dice Lydia cuando llegamos al piso principal—. ¿Cómo era su nombre? ¿Alina Cooter?

—Alina *Hoover* —digo en un tono cortante, sintiéndome ya a la defensiva por ella—. Era la mejor amiga de mi hermana cuando crecíamos.

—Esto podría funcionar. ¿Sigues siendo cercano a ella?

—No la he visto en ocho años.

Ella baja la cabeza y suelta un sonido como el que haría un animal moribundo.

—¿Ocho años? —dice mientras sacude la cabeza—. Probablemente esté casada o embarazada.

Mi mandíbula se tensa ante la idea.

—Bueno, de cualquier manera, tendremos que darle un cheque lo suficientemente grande como para que acepte. Es la única forma.

Ni siquiera sé si mi hermana Marie sigue siendo amiga de ella. Supongo que tendré que llamarla y preguntar. Probablemente me ganaré una buena reprimenda en esa llamada telefónica.

—¿Dónde vive esta chica de todos modos? —pregunta Lydia mientras salimos del edificio al caluroso sol del desierto.

—En mi ciudad natal —digo con un suspiro—. Shakings, Colorado.

CAPÍTULO DOS

Alina

No puedo dejar de mirarlo. Es lo más hermoso que he visto jamás.

¿Cuántas veces he abierto esta foto y lo he contemplado, soñando con el día en que pueda acurrucarlo en la cama y sostenerlo en mis brazos? Demasiadas para contarlas...

Es lo único en lo que puedo pensar últimamente. Mi mente está consumida por pensamientos de acariciar su cuerpo y besar su cabeza. Sería la chica más feliz del mundo si fuera mío.

—¿Otra vez esa foto? —dice mi compañero de trabajo Eddie con un movimiento de cabeza mientras entra en nuestra oficina compartida con un café—. ¿Por qué no compras uno de una vez?

Suspiro mientras cierro la imagen.

—Mi casero me echará si tengo un perro.

—No se lo digas —dice Eddie encogiéndose de hombros mientras se sienta en su escritorio. Derrama un poco de café al dejarlo—. Mierda.

—Tendré que sacarlo a pasear —digo mientras busco una vez más "cachorros de pug" en Google Imágenes. Nuestros escritorios están unidos y frente a frente, así que puedo mirar los cachorros sin los ojos curiosos de Eddie—. Y mi casero vive abajo.

—Eso es fácil —dice Eddie mientras saca su bolsillo vacío y limpia el café derramado con él —. Escóndelo en tu chaqueta.

—¿Y en verano?

—¿Debajo de tu vestido? —dice encogiéndose de hombros.

Suspiro mientras vuelvo a mirar los cachorros. Es inútil. Nunca tendré uno.

Aunque lo deseo tanto...

—Atención —dice la burbujeante recepcionista Jane asomando la cabeza por nuestra oficina —. El Comediante viene en camino.

—Mierda —susurro mientras abro un contrato, me aliso el pelo, me siento derecha y cambio

mi música de Taylor Swift a algo viejo y clásico, todo al mismo tiempo.

El Comediante es nuestro jefe, el Sr. Seinfeld. Lo llamamos El Comediante por su nombre, obviamente, y de forma irónica porque es la persona menos graciosa del mundo. Es cruel y rompería un cráneo antes que contar un chiste.

—Señorita Hoover —retumba su voz profunda detrás de mí.

Mi corazón empieza a latir con fuerza mientras me doy la vuelta con una sonrisa forzada—. Hola, Sr. Seinfeld. Me encanta esa corbata.

Frunce el ceño mientras la mira—. Mi esposa la compró en Costco. Se le derramó zumo de naranja encima mientras estaba en el maletero.

—¡Pues apenas se nota! —digo con una risa extraña y aguda.

Una imagen de él sentado en su mesa de desayuno, mirando con el ceño fruncido el cartón de zumo de naranja mientras come sus cereales, aparece en mi mente.

—He echado un vistazo a sus propuestas —dice con una mirada severa.

Oh, Dios. ¡Esto es!

Llevo trabajando aquí seis años y he estado desesperada por progresar. Esta es mi oportunidad. Puedo sentirlo.

Fabricamos armarios personalizados de lujo y el Sr. Seinfeld ha estado buscando expandir su muy rentable negocio a nuevas ubicaciones. Aproveché la oportunidad y redacté propuestas para cinco nuevas ciudades. Me llevó una eternidad investigar, pero creo que hice un buen trabajo. Al menos, eso espero. Y realmente espero que me considere para dirigir la nueva sucursal una vez que se dé luz verde.

—No está bien —dice sin rodeos. Mi estómago se hunde. Mi cabeza da vueltas. Podría vomitar sobre los zapatos de Costco del Comediante.

—¿Qu...? —jadeo, sin poder terminar la palabra de lo conmocionada que estoy.

Arroja los archivos sobre mi escritorio y aterrizan con un *golpe*—. Todos son mercados saturados y no tenemos ninguna ventaja para ayudarnos a empezar con fuerza.

—¿Puedo... intentarlo de nuevo?

Parece un gran Muppet mientras me frunce el ceño con esas cejas pobladas y esa frente grande—. Tráigame una ciudad más. Y señorita Hoover, más le vale que sea la definitiva.

Me siento nauseabunda mientras se aleja.

Ahora, realmente quiero un cachorro para acurrucarme.

—Te has estrellado y quemado —dice Eddie desde el otro lado del ordenador—. ¿Podemos apagar ya esta porquería de Mozart?

Suspiro mientras vuelvo a poner a Taylor Swift, sin saber qué hacer.

Mi mente se queda en blanco mientras reviso perezosamente mi teléfono. El Sr. Seinfeld nos hace mantenerlos guardados, pero ahora mismo, no me importa estar rompiendo el protocolo.

—¿Qué demonios? —susurro cuando veo que mi teléfono ha explotado. ¿Treinta y seis mensajes? ¿Se ha muerto alguien?

—¿Qué. Coño. Pasa? —dice Eddie demasiado alto para una oficina. Su cabeza asombrada aparece por encima de la pantalla de mi ordenador—. ¡¿Sebastian Kemp?! ¡¿Estás comprometida con el puto Sebastian Kemp?!

—¿*Qué*?

—¡Te he escuchado divagar durante *horas* sobre malditos cachorros y no mencionas la única cosa interesante de tu vida! ¡¿Estás comprometida con El Francotirador?! ¡Ni siquiera sabía que conocieras a Sebastian Kemp!

—Lo conocí en el instituto...

—¿Tiene la Copa Stoney en su casa?

—Era el hermano mayor de mi mejor amiga, pero no he...

—¡Mierda santa, es *tu* casa! ¡¿Tienes la Copa Stoney en tu casa?! ¿Puedo ir a cenar?

—Espera —digo cuando mi mente deja de fallar—. ¿Has dicho *comprometida*?

Agarra su monitor y lo gira bruscamente, derramando su café, pero esta vez, ni siquiera intenta limpiarlo.

—¡Mira!

Se me cae la boca cuando veo de qué está hablando. Es un sitio de prensa amarillista con mi nombre.

La Superestrella del Hockey Sebastian Kemp Comprometido con su Amor de la Infancia, Alina Hoover.

No es solo mi nombre. Mi foto también está ahí. La de mi perfil de Facebook.

Mi cerebro confundido intenta unir todas las piezas, pero nada encaja. Todo lo que puedo hacer es mirar fijamente la pantalla con la boca abierta como un pez ahogándose.

—No tiene ningún sentido... —susurro mientras miro las letras que ya no forman palabras. El artículo entero está filtrándose por mi cerebro confundido y saliendo hecho un lío.

—Espera —digo, entrecerrando los ojos hacia Eddie—. ¿Es una de esas bromas crueles de YouTube que se supone que son graciosas, pero solo son crueles?

—¿Puedes conseguirme entradas para un partido? —dice Eddie, mirándome con asombro—. ¿Primera fila o en un palco exclusivo?

Mi teléfono vibra en mi escritorio y casi salto de mi piel. Es mi mejor amiga (y la hermana menor de Sebastian) Marie.

Ahora sé que esto no es una broma. Marie nunca llamaría a menos que fuera una emergencia. Si está llamando en lugar de enviar un mensaje de texto, es de vida o muerte.

—¡*Alina!* —chilla cuando contesto—. *¡¿Qué está pasando?! ¡¿Estás comprometida con mi hermano?!*

—Yo... yo... —No sé qué demonios está pasando. Es como si alguien hubiera tomado mi vida y la hubiera sacudido como una bola de nieve. Todavía estoy tratando de ponerme al día.

—No estamos comprometidos —digo, tratando de mantener mi voz temblorosa en calma—. Es un error.

—*Está en todos los canales de noticias* —grita Marie—. *¿Cómo pasó esto? ¿Están saliendo a mis espaldas?*

—¡No! No he visto a tu hermano en ocho años.

La última vez que vi a Sebastian fue en mi graduación de la escuela secundaria. Acababa de firmar con los Eels y estaba a punto de mudarse a Miami. Apenas me miró en toda la noche.

La recepcionista Jane vuelve a entrar con las mejillas rojas. Parece un poco sin aliento. —¡Alina! —dice con una gran sonrisa—. Sebastian Kemp está aquí para verte.

—¡¿Está aquí?! —decimos Marie, Eddie y yo al mismo tiempo.

—Felicidades, por cierto —dice Jane—. Es *tan* guapo.

Jane sale corriendo de nuevo para buscarlo.

—Tengo que irme —le digo a Marie. Me siento *muy* nerviosa. ¿Sebastian Kemp está aquí? ¿El amor platónico más grande de mi vida está *aquí*? ¿En *mi* oficina? ¿Queriendo hablar *conmigo*?

Necesito un segundo para respirar.

—*Ni se te ocurra colgarme* —ladra Marie—. *Ponme en altavoz.*

—Marie, no creo que...

—*¡Es mi hermano! Ponme en altavoz. ¡Sé que tiene sus sucias manos en todo esto!*

—Está bien, está bien —digo mientras presiono el botón.

—*Lo siento mucho por esto, Alina* —dice Marie, su voz fuerte llenando toda mi oficina—. *Voy a* matar *a mi hermano.*

Me pongo de pie con las manos temblorosas y me dirijo a Eddie. —¿Puedes darnos un minuto de privacidad?

—Ni hablar —dice mientras se arregla la corbata.

—Oh, mierda —susurro mientras me arreglo: el cabello, la camisa y, juro que nunca he hecho esto antes, mis pechos.

Miro fijamente la puerta con el corazón latiendo fuerte mientras el amor no correspondido de mi vida se abre paso por el pasillo.

CAPÍTULO TRES

Alina

Guau.

Esa palabra se repite una y otra vez en mi cabeza mientras Sebastian Kemp camina por el pasillo a cámara lenta. Al menos, así es como se siente.

La última vez que lo vi, aún era un niño. Ahora es todo un hombre.

Y es impresionante.

Jane está hablando sin parar, distrayéndolo mientras camina.

Aprovecho la oportunidad para observarlo detenidamente. Mi respiración se detiene mientras lo miro de arriba abajo. No es solo atractivo, también es elegante con todo de diseñador: vaqueros oscuros, camisa azul claro abotonada, blazer marrón. Probablemente los diseñadores de todo el mundo le envían ropa a montones con la esperanza de que use algo suyo. No los culparía tampoco. Este hombre es una valla publicitaria ambulante. Es hermoso.

Alto, musculoso, y se mueve con la agilidad ágil de un felino depredador. Supongo que algunas cosas nunca cambian.

Su cuerpo tiene al mío en alerta máxima, pero es su hermoso rostro lo que realmente hace que mi corazón se acelere.

Pasé mis años de adolescencia soñando con esos labios. Solo un vistazo rápido de esos penetrantes ojos azules podía mantener mi enamoramiento ardiendo durante semanas.

Nunca he amado a un chico como amé a Sebastian.

Y probablemente nunca lo haré.

Tiene un lugar especial en mi corazón, el lugar donde viven los primeros amores.

Estoy tratando de mantenerme como la mujer tranquila, serena y compuesta en la que me he convertido desde la última vez que me vio, pero siento que estoy volviendo a ser la mejor amiga enamorada de Marie.

—Aquí está —dice Jane, presentándome con una mirada celosa—. El Francotirador en

persona.

Sebastian se detiene en seco cuando me ve. Sus ojos azules se abren un poco mientras me mira con asombro.

¿Por qué me está mirando así? Mierda, comí espinacas en el almuerzo. ¿Tengo algo en los dientes?

—¿Alina? —dice en voz baja mientras sus ojos azul hielo me atraen como un imán—. Vaya, yo...

—*¡¿Es él?!* —chilla Marie por el altavoz—. *Sebastian, más te vale explicarte antes de que le cuente a mamá. ¡¿Por qué todos los medios importantes están diciendo que estás comprometido con Alina?!*

—¡Soy un gran fan! —dice Eddie, prácticamente empujándome a un lado mientras se apresura con la mano extendida—. Mi equipo es el Electrics, ¡pero siempre he sido un gran admirador tuyo! ¿Puedo tomarme una selfie?

Sebastian nunca aparta sus ojos atónitos de mí. Incluso cuando su hermana lo regaña a través de mi teléfono en el escritorio, incluso cuando Eddie le pasa el brazo por encima del hombro mientras toma una foto, e incluso cuando Jane se echa su pelo rubio hacia atrás y dice que se va. Parece hipnotizado por *mí*.

Oh no. ¿Qué tan grande es ese trozo de espinaca?

Me doy la vuelta por un segundo y paso la lengua por mis dientes, pero no siento nada.

—*¡Sebastian!* —grita Marie—. *Sé que puedes oírme. ¡Puedo oír el eco de mi voz en la oficina! ¡Contéstame!*

Finalmente parece salir de su trance. —Hola, Marie.

—*¿Qué estás tramando? Es mi mejor amiga con la que estás jugando. No puedo* creer...

—Está bien, Marie —digo, tratando de interrumpirla, pero ella simplemente sigue hablando —. Yo puedo manejar esto.

—*No, no puedes. Eres demasiado buena. Sebastian, me vas a decir qué está pasando ahora mismo o voy a ir para allá y...*

—¿Qué tal si vamos a un lugar más privado? —susurro mientras cierro la puerta de mi oficina, atrapando a Eddie dentro con mi teléfono chillando.

—Me gustaría eso —dice Sebastian, sonriendo agradecido.

Sigue mirándome mientras lo llevo por el pasillo hasta la sala de conferencias vacía. Está hecha de ventanas de cristal, así que no tendremos mucha privacidad, pero al menos es a prueba de sonido.

Todos los que pasamos nos miran dos veces cuando ven con quién estoy caminando. Sebastian es, después de todo, la realeza del hockey. E incluso las personas a las que no les gusta el hockey conocen a Sebastian por su apariencia o sus travesuras fuera del hielo.

Mi cuerpo está tan tenso y rígido mientras entramos y cierro la puerta. Siento como si mi corazón fuera a salirse de mi pecho.

—Bueno, tu hermana te manda saludos —digo con una sonrisa forzada.

Él se ríe y eso alivia un poco la tensión que siento.

Todavía no puedo superar esto. Este es Sebastian Kemp. *El* Sebastian Kemp.

No estoy deslumbrada ni me siento abrumada porque sea una celebridad. Él es más que eso para mí. Es el primer y único chico que he amado.

—Supongo que te estarás preguntando qué está pasando —dice con una risa nerviosa mientras se medio sienta, medio apoya contra la enorme mesa de conferencias.

—Tenía cierta curiosidad por saber por qué mi cara está en todas las noticias.

—¿Y por qué dicen que estamos comprometidos?

—Sí, eso también.

Toma una respiración profunda y pasa la mano por su cabello castaño ondulado. Casi gimo cuando veo los sedosos mechones caer de nuevo a los lados de su rostro.

Es mucho más atractivo en persona que en la televisión. Ni siquiera es comparable.

Y lo he visto todo. Los eventos de premios cuando está vestido con un esmoquin impecable, las funciones benéficas cuando está repartiendo pavos congelados o útiles escolares con una sudadera y vaqueros, y las conferencias de prensa a altas horas de la noche después de los partidos, tanto victorias como derrotas; esas son mis favoritas. A veces sale con su camiseta sudada antes de ducharse y su cabello desordenado se ve tan condenadamente bien. Me encanta la sonrisa en su rostro después de una victoria, pero me gusta aún más después de una derrota. Siempre se ve un poco triste y su voz se vuelve profunda y gruñona. Sus ojos se vuelven duros y brillantes como diamantes. Lo miro y fantaseo con que viene a casa conmigo. Le preparo una bebida, me acurruco en el sofá con él y lo hago sentir mejor de todas las formas posibles...

—La cagué, Alina —dice, bajando la cabeza.

Incluso ahora, quiero ir hacia él. Quiero hacerlo sentir mejor.

En su lugar, cruzo los brazos y mantengo mis pies plantados en el suelo.

Me cuenta sobre la oferta de un contrato en San Antonio con los Hyenas, y cómo el dueño estaba preocupado por su reputación. Demasiada bebida, peleas y chicas. Nunca miro esos artículos. Soy feliz usando mis gafas de color rosa, muchas gracias.

—Mi agente soltó que estaba comprometido y alguien probablemente lo filtró a la prensa —dice sacudiendo la cabeza—. Supongo que pensó que ayudaría a mi imagen.

—¿Estás comprometido?

Todo mi cuerpo está en tensión mientras espero la respuesta que podría destrozar mi corazón.

—No —dice y suelto un suspiro de alivio—. El dueño preguntó cuál era el nombre de mi prometida y yo... dije el tuyo.

Me mira a los ojos mientras lo dice y mis rodillas flaquean un poco.

—¿Por qué yo?

—No lo sé.

Estoy a punto de dejarlo pasar, pero luego no lo hago. Ya no soy la chica tímida y dócil que

una vez conoció. Ahora soy una mujer fuerte y segura, a pesar de lo que mis piernas temblorosas parecen estar diciendo al respecto.

—Vamos, Sebastian —digo con voz firme mientras lo miro fijamente—. Mi cara está en todas las noticias. Al menos me debes la verdad. ¿Por qué dijiste mi nombre?

Toma una respiración profunda e inclina la cabeza mientras me mira. —Siempre pensé que eras material para el matrimonio. Eres la única chica que he conocido a la que podría ver como mi esposa.

Mi boca se abre de par en par mientras lo miro conmocionada. ¿Yo? ¿Material para el matrimonio?

¿Qué? ¿Cuándo pasó esto?

—Pero apenas sabías que yo existía en ese entonces —digo, atónita hasta la médula—. Me ignorabas. Pensé que me odiabas.

—¿*Odiarte*? —dice en un tono feroz. Cierra la distancia entre nosotros en un instante. De repente estoy mirando su hermoso rostro mientras su cálida colonia llena mis pulmones—. Nunca te odié, Alina. Yo... te tenía miedo.

—¿*Miedo* de mí?

—Miedo de que fueras la indicada y yo lo arruinara todo.

Nos miramos fijamente por un largo momento. Siempre he soñado con escuchar esas palabras salir de sus labios. En mis fantasías, yo diría algo perfecto o me pondría de puntillas y lo besaría, pero ahora mismo, todo lo que puedo hacer es mirarlo de vuelta en estado de shock.

—Quería decírtelo, Alina —dice mientras extiende la mano y toca mi brazo. La piel se me eriza—. Pero yo...

La puerta de la sala de conferencias se abre detrás de nosotros y El Comediante irrumpe. Estoy tan alterada y tensa que le ladro. —¿Qué quieres?

El señor Seinfeld echa la cabeza hacia atrás sorprendido, pero luego se recupera rápidamente con una sonrisa mientras se vuelve hacia Sebastian. —Alina, no me dijiste que estabas comprometida con el gran Sebastian Kemp.

Incluso El Comediante parece deslumbrado por Sebastian.

—Todo fue un malentendido —dice Sebastian, lanzándome una mirada de disculpa—. Lo aclararé de inmediato con los medios de comunicación. No estamos comprometidos.

—¡Eso es cierto! —digo con voz burbujeante—. ¡Ya estamos casados!

Sebastian me mira sorprendido.

Me pongo a su lado, deslizo mi mano por su espalda musculosa, me pongo de puntillas y beso su mejilla. —¿No es así, cariño?

Él me sonríe y mi enamoramiento vuelve con toda su fuerza. Es como si nunca se hubiera ido.

—Así es —dice mientras me sonríe—. Esta pequeña dama me ha hecho el hombre más feliz del mundo cuando dijo que sí.

Sonrío mientras me pongo de puntillas y beso su mejilla de nuevo.

Porque es parte del espectáculo.

Y porque tengo que conseguir todos los besos que pueda antes de que todo esto explote en nuestras caras.

CAPÍTULO CUATRO

Sebastian

—¿Puedes creer que le haya hecho eso a la pobre Alina? —dice Marie, mirándome con disgusto —. ¿Mamá?

Estamos todos sentados alrededor de la mesa de la cocina tomando café en la casa de mi madre, la casa en la que crecí. Mantengo un ojo cansado sobre mi hermana enfadada, esperando a medias que me arroje su taza hirviendo a la cara.

Mi madre intenta no sonreír mientras mira fijamente su taza.

—Sabía que esos dos terminarían juntos. ¿Recuerdan que lo dije hace años?

—¡No están juntos, mamá! —prácticamente chilla Marie—. ¡Él se lo inventó todo!

Me desconecto un poco mientras discuten. Mi mente vuelve directamente a esa sala de conferencias con Alina de pie frente a mí.

Incluso ahora todavía puedo sentir la profunda sensación de asombro que impregnó mi cuerpo cuando la vi. Mis extremidades se entumecieron. Mi corazón retumbaba como los cascos de mil caballos galopando. Olvidé dónde estaba. Lo que estaba haciendo. Lo único en lo que podía concentrarme era en ella.

Alina ya no es la tímida chica nerd que conocí. Se ha convertido en una mujer increíble. Inteligente, exitosa y una verdadera belleza.

La recuerdo con esos desgastados zapatos Converse blancos y negros, vaqueros y una camiseta que generalmente tenía algo ingenioso escrito como *Solo espero que ambos equipos se diviertan*. Fue un shock verla tan arreglada en la oficina con una falda lápiz gris ajustada que resaltaba sus largas piernas, tacones y una blusa blanca que la hacía lucir tan profesional.

Su cabello castaño liso también estaba más largo, terminando en algún punto por encima de su trasero perfecto.

Pero cuando sonrió con esa gran sonrisa, me transportó directamente a mi juventud. Todavía recuerdo perfectamente cómo mordisqueaba su lápiz mientras se sentaba en esta misma mesa con

Marie, haciendo sus tareas. Yo iba a buscar algo de comer a la nevera y le lanzaba miradas furtivas. Cada vez que nuestros ojos se encontraban, ella los bajaba inmediatamente y esas adorables mejillas se ponían de un rojo brillante.

—Entonces, ¿cuál es el plan final aquí? —pregunta Marie con una mano en la cadera. Está apoyada en la encimera, fulminándome con la mirada—. ¿Vas a fingir que estás casado con Alina mientras te acuestas con cualquier chica con falda a sus espaldas?

—¿Qué? —espeto—. ¡No!

Todos creen que me conocen tan bien, incluida mi hermana. No saben una mierda. No soy el tipo que los medios retratan. Para nada.

No quiero a nadie más que a ella.

Siempre ha sido la indicada para mí, pero fui demasiado estúpido para darme cuenta. Estaba demasiado enfocado en el hockey y en llegar al nivel más alto. No pude ver el tesoro que tenía justo frente a mí. La di por sentado. Perdí años. *Años* en los que pudo haber sido mía. No sé si alguna vez me perdonaré por eso, pero todo lo que puedo hacer es partir desde aquí y mirar hacia adelante. No tiene sentido lamentarse por el tiempo perdido.

—Ella es demasiado buena —dice Marie negando con la cabeza—. Ese siempre ha sido el problema de Alina. Vas a arrastrar su nombre por el barro, ¿y qué obtiene ella a cambio?

—Le voy a pagar bien —digo. Nunca mencionamos dinero; ella dijo que sí antes de que tuviera la oportunidad. Pero voy a dejarla tan bien establecida que nunca tendrá que preocuparse por el dinero de nuevo.

—No me gusta —dice Marie con un resoplido.

—Yo creo que es romántico —dice mi madre con una sonrisa.

—Lees demasiadas novelas románticas —dice Marie poniendo los ojos en blanco—. No hay nada romántico en pagarle a alguien para que finja ser tu prometida.

Mamá sonríe.

—Lo es cuando están enamorados pero no se dan cuenta.

Yo me doy cuenta ahora.

Me estoy dando cuenta plenamente de que Alina Hoover es la mujer para mí.

Quiero casarme con ella, comprar una mansión y llenarla de bebés. Quiero pasar el resto de mi vida con esa mujer increíble.

Y quiero que empiece esta noche.

A las cinco en punto de mañana, voy a recogerla en una limusina, iremos al aeropuerto y volaremos de vuelta a San Antonio en el jet privado de Van Morgan. Asistiremos a la elegante fiesta que está organizando y si todo va bien, estaré firmando un contrato con los San Antonio Hyenas al final de la noche. Y si las cosas van *realmente* bien, Alina se estará enamorando de mí otra vez.

Marie me mira con los ojos entrecerrados.

—Eres mi hermano y te quiero, Sebastian. Pero si lastimas a mi mejor amiga, te mataré.

Tendrá que hacer fila.

Si alguna vez fuera lo suficientemente estúpido como para lastimar a Alina, me mataría yo mismo primero.

Eso es lo último que quiero en el mundo.

CAPÍTULO CINCO

Alina

Mi teléfono no ha parado de sonar en toda la semana. No son solo amigos y familiares llamando, enviando mensajes y correos electrónicos cada cinco minutos, tratando de obtener la última noticia, sino también los medios de comunicación. He recibido más de doscientas solicitudes de entrevistas de cadenas de noticias y sitios de chismes de celebridades, desde los más grandes hasta los canales de YouTube y podcasts más pequeños y oscuros. Los he ignorado todos. Ni siquiera sé cómo manejar esto.

Subestimé seriamente el interés público por la nueva esposa de Sebastian Kemp.

La fiesta es esta noche y estoy enloqueciendo.

He imaginado tener una primera cita con Sebastian muchas veces a lo largo de los años, pero incluso en mis fantasías más extrañas, nunca se desarrolló así.

—¿Por qué vas a San Antonio? —pregunta Eddie mientras conecto mi teléfono. Ni siquiera es mediodía y la batería ya está muerta por toda la actividad excesiva—. ¿Sebastian va a firmar con las Hyenas?

—No lo sé —murmuro mientras reviso las estadísticas demográficas de San Antonio. Bien podría hacer algo de trabajo mientras estoy allí. Estoy pensando que podría ser un buen lugar para que el Sr. Seinfeld se expanda. He estado investigándolo desde que apareció Sebastian.

Es una ciudad en crecimiento y llena de vida, y si termino dirigiendo la nueva sucursal allí y Sebastian resulta vivir allí también... ¿No sería genial?

—¿No sabes dónde va a firmar tu marido? —pregunta Eddie mientras me mira con recelo.

Le devuelvo la mirada fulminante. —Te enterarás en la conferencia de prensa como todos los demás.

Gruñe mientras se vuelve hacia su computadora.

—Señorita Hover —ladra el Sr. Seinfeld detrás de mí. Salto tan alto que mis rodillas casi golpean la parte inferior de mi escritorio. Tengo que dar la vuelta a mi escritorio para que mi

espalda no esté frente a la puerta. El Comediante *siempre* me hace esto.

—Hola, señor —digo mientras giro con el corazón acelerado—. ¿Qué puedo hacer por usted?

—¿Cuándo estará listo ese informe?

—Umm, ¡puedo tenerlo listo para usted a primera hora del lunes por la mañana!

Frunce el ceño y luego se aleja sin decir una palabra más. —Más vale que sea excelente —grita con su voz retumbante por el pasillo.

Tal vez debería elegir Anchorage, Alaska en su lugar para alejarme lo más posible de este hombre.

Intento volver al trabajo, pero mi mano es demasiado rápida y antes de darme cuenta, estoy buscando imágenes de Sebastian Kemp. Su hermoso rostro aparece con esos brillantes ojos azules y esa sonrisa traviesa. Respiro profundamente y me permito emocionarme por la cita.

Voy a volar en un jet privado, solo él y yo, y luego nos dirigiremos a la casa de un multimillonario para una fiesta elegante. Nunca he hecho nada parecido y el hecho de que pueda experimentar todo esto del brazo del hombre que he amado desde antes de la pubertad es simplemente demasiado emocionante.

¡No puedo esperar!

CAPÍTULO SEIS

Alina

—No lo sé —digo mientras salgo del baño con un largo vestido rojo de corte fluido. Sebastian lo había enviado esta tarde. Es hermoso, algo que Julia Roberts llevaría al final de una película taquillera, pero llevarlo puesto en mi apartamento me hace sentir nada más que ridícula.

Marie está negando lentamente con la cabeza, mirándome con asombro.

—Es impresionante.

—¿De verdad? —digo, volviéndome hacia el espejo. El vestido es impresionante, tiene razón en eso, el problema soy yo dentro del vestido—. Nunca he llevado nada como esto antes.

—Y nunca has volado en un jet privado —dice mientras se levanta de un salto para ajustar el vestido por detrás—, y nunca has ido a una fiesta en la casa de un multimillonario.

Y nunca he tenido una cita con Sebastian...

—¿De verdad crees que puedo lucirlo? —pregunto con un profundo suspiro.

Sus ojos se están humedeciendo mientras me examina.

—Sí, lo creo.

—¿Por qué te estás emocionando tanto?

—No lo sé —dice, secándose los ojos—. Estaba tan enojada con mi hermano, pero cuanto más lo pienso... Más perfecto me parece. Tú y él... Nosotras como hermanas... Como familia.

—Siempre hemos sido familia —digo con una cálida sonrisa, sintiendo que mis propios ojos se llenan de lágrimas.

—Sí, pero podría ser oficial.

—Eh, eh, eh —digo, conteniéndome antes de sumergirme de cabeza en el mundo de la fantasía con ella—. Es solo una cita. Ni siquiera es realmente una cita. Es una cita falsa. Súper romántico.

Marie está sonriendo como si no hubiera escuchado una palabra de lo que dije.

—Ya veremos —susurra—. No es solo una cita. Es el comienzo de algo especial. Puedo

sentirlo.

PARA CUANDO SEBASTIAN viene a recogerme a las cinco, estoy toda arreglada. Marie pasó la tarde trabajando en mi cabello, trenzando algunos mechones en pequeñas y complicadas trenzas y rizando otros hasta que rebotan como resortes con cada paso que doy. Pasamos un gran momento hablando, bromeando y recordando nuestros años de adolescencia. Un día como este ha sido largamente esperado. Solíamos hacer esto todo el tiempo, pero desde que conseguimos trabajos y nos asentamos en la vida adulta, hemos estado olvidando hacer las pequeñas cosas. Cosas que hacen que tener una mejor amiga como Marie sea tan divertido.

—Déjame contestar —dice Marie cuando alguien llama a la puerta principal.

—Sé amable —le advierto mientras se dirige hacia allí.

—¿Hola? —dice Marie con voz grave mientras abre lentamente la puerta.

La voz profunda de Sebastian resuena por el pasillo.

—Hola, Marie.

—Más te vale traerla de vuelta antes del toque de queda —advierte Marie como un padre sobreprotector que envía a regañadientes a su hija a su primera cita—. O iré a buscarte, y créeme, nunca encontrarán el cuerpo.

—Me portaré bien —dice Sebastian con una risita—. El mejor comportamiento, lo prometo.

—Está bien, entonces —dice Marie con un suspiro—. Mira a nuestra chica.

Da un paso a un lado y abre la puerta, revelándome de pie en medio de mi apartamento.

A Sebastian se le cae la mandíbula cuando me ve. Inhala bruscamente y contiene el aliento mientras me observa como si fuera la mujer más hermosa que jamás haya visto.

Él mismo está deslumbrante con un esmoquin negro ajustado que lo hace parecer como si pudiera ser el próximo James Bond. Sostiene un gran y vibrante ramo de rosas rojas en su mano.

—Vaya, Alina —dice mientras nos miramos fijamente con ojos ardientes.

Si Marie no estuviera aquí, no estoy segura de que siquiera saliéramos de este apartamento. Podríamos haber pasado la noche en mi dormitorio con esta ropa elegante arrugada en el suelo.

—Te ves... —dice, incapaz de encontrar las palabras—. Magnífica.

—Gracias —digo tímidamente—. ¿Estás listo para irnos?

—La limusina está abajo —dice mientras me ofrece las rosas—. Estas son para ti.

Nuestras manos se tocan cuando las tomo. Me da escalofríos y hace que mis mejillas se pongan completamente rojas. Me siento como una adolescente tímida y torpe otra vez. Es una locura cómo este hombre puede hacer que la mujer segura en la que me he convertido desaparezca tan fácilmente. Me gusta de una manera nostálgica.

—Gracias por las flores —digo mientras las acerco a mi nariz, usándolas para ocultar mis mejillas sonrojadas—. Son hermosas.

Los ojos de Sebastian siguen fijos en mí mientras Marie las toma de mis manos para ponerlas en agua.

De repente nos quedamos solos en la pequeña entrada de mi apartamento. He soñado con esto miles de veces —Sebastian recogiéndome para una cita—, pero ahora me doy cuenta de que nunca hubo diálogo en mis fantasías. ¿Qué le dices a un hermoso galán superestrella como Sebastian Kemp?

—Me gusta tu esmoquin —digo mientras deslizo mi mano por su solapa, sintiendo sus duros músculos pectorales debajo.

De repente me doy cuenta de lo que estoy haciendo y retiro mi mano como si acabara de tocar una estufa caliente.

Mis ojos se encuentran con los suyos mientras mis mejillas se calientan.

Él sonríe. Me hace sonreír.

Voy a tener que dejar de sonrojarme después de cada toque, mirada o palabra de este hombre si alguien va a creer que soy su prometida. Simplemente no sé cómo lograrlo.

—Las rosas están en agua —dice Marie mientras regresa, secándose las manos en los pantalones—. Ustedes dos, estafadores, son libres de irse.

Ambos nos despedimos y luego bajamos a la limusina. Es hermosa por dentro.

—¿Alguna vez has estado en una limusina? —pregunta Sebastian una vez que estamos en marcha.

—Solo en el baile de graduación —respondo.

—Ah, sí —dice con una sonrisa—. Lo recuerdo. Fuiste con Connor Hartwell. Estaba tan celoso. Quería golpearlo.

Mi boca se abre de la impresión. No puedo creer que lo recuerde.

—¿Estabas celoso? —digo, aún sin creerlo del todo—. ¿De Connor Hartwell?

Suspira agresivamente mientras se pasa la mano por el pelo. —Cuando vi cómo te veías en ese vestido rosa... Y luego verte entrar a la escuela del brazo de él... Sí. Estaba celoso.

Vaya. No tenía idea.

—Habría ido contigo si me lo hubieras pedido —digo con una sonrisa burlona. Sabía que era poco probable ya que Sebastian no me prestaba atención y se había graduado dos años antes, pero aun así pensaba en ello constantemente en aquel entonces.

—Debí haberlo hecho —dice mientras me atraviesa con esos hermosos ojos azules—. Tal vez entonces no habríamos perdido todo este tiempo.

Sonrío mientras lo miro y luego bajo la mirada. No estoy segura de si los últimos ocho años han sido tiempo perdido. Simplemente no estábamos listos el uno para el otro en ese entonces. A veces las personas tienen que encontrarse a sí mismas antes de encontrar a su alma gemela. Creo que eso es lo que fueron esos años perdidos para ambos.

—Estuve toda la noche mirando hacia la puerta —digo con una risa tímida—. Tenía esta fantasía de que patearas las puertas, marcharas hacia mí y me sacaras a bailar bajo la bola de

cristal.

Él extiende la mano y toma la mía. Su mano es más suave de lo que pensaba. También es más fuerte.

Siento escalofríos cálidos recorriéndome mientras lo miro.

Por un segundo, creo que podría besarme.

Lo deseo tanto.

Inclino mi barbilla, mis labios se separan. Estoy hipnotizada por sus mágicos ojos azules. Soy un cervatillo indefenso atrapado bajo su hechizo.

Él se mueve en su asiento. Yo me muevo en el mío.

El aire se carga de deseo eléctrico. Mi corazón late con fuerza.

Y entonces el conductor frena de golpe y salgo volando del asiento de cuero resbaladizo. Sebastian intenta agarrarme mientras caigo al suelo de la manera menos elegante y glamurosa posible.

—¿Estás bien? —pregunta mientras me agarra del brazo y me levanta.

—¡Estoy bien! —digo, sonrojándome de vergüenza.

La ventanilla divisoria se desliza hacia abajo y el conductor nos mira por el espejo retrovisor. —¡Lo siento mucho, señor y señora Kemp! Un coche apareció de la nada. Llegaremos al aeropuerto muy pronto.

Sebastian presiona el botón de la ventanilla, subiéndola de nuevo.

Estamos solos otra vez, pero el momento se ha ido.

Lo arruiné.

Como de costumbre.

CAPÍTULO SIETE

Alina

La limusina era impresionante, pero el jet privado de Van Morgan es irreal. Es tan suave y silencioso mientras despega, dejando Colorado en el espejo retrovisor. ¿Los aviones tienen espejos retrovisores? Probablemente no.

—¿En qué estás pensando? —pregunta Sebastian con una hermosa sonrisa en su rostro.

No voy a decirle algo estúpido como eso, así que le hablo de otra cosa que siempre está en mi mente.

—Cachorros.

—¿Cachorros?

Me río de la expresión perpleja en su cara.

—Estoy obsesionada con tener uno.

—Entonces, ¿por qué no lo tienes?

—Mi casero me mataría —digo con una risa triste—. Vamos, ¿cuánto alboroto puede causar un pequeño cachorro pug?

—Además de las garras en los pisos de madera, los ladridos y los *accidentes*.

—Se supone que debes estar de *mi* lado —digo con una sonrisa—. A menos que quieras llevar a mi casero George a la fiesta...

Está sentado en el gran asiento de cuero frente a mí con un vaso de whisky en la mano. Este jet tiene capacidad para unas veinte personas, pero además de los pilotos, somos los únicos aquí. Me pregunto por la azafata, pero no lo hago. Sebastian probablemente le dijo que se quedara en casa para que pudiéramos estar solos. Al menos, eso es lo que pienso en mi mente ilusionada.

—No —dice con una sonrisa—. Prefiero tenerte a ti de mi brazo, Alina. Eres la chica más hermosa del mundo.

Sonrío aunque sea solo un halago. Él podría estar saliendo literalmente con cualquiera. Cualquier modelo impresionante, cualquier actriz hermosa, cualquier cantante genial. No podría pensar que soy más hermosa que todas ellas, pero sin embargo... Me está mirando como si eso fuera exactamente lo que está pensando.

El avión está volando a su altitud de crucero cuando Sebastian se pone de pie.

—¿Qué estás haciendo? —pregunto cuando mira hacia la galera en la parte delantera.

—Algo que debería haber hecho hace mucho tiempo.

Lo observo con interés mientras camina y desaparece en el área de servicio. ¿Qué está pasando?

Las luces del avión se apagan y, aparte del cálido resplandor de las luces de la ciudad allá abajo, me sumerjo en la oscuridad.

Una suave música comienza a sonar: *The Lady In Red* de Chris de Burgh.

Sonrío mientras miro mi vestido rojo.

Luces giratorias, brillantes, como las de una bola de cristal llenan la cabina del avión.

Estoy negando con la cabeza con una sonrisa en mi rostro mientras Sebastian vuelve a salir con la mano en la parte baja de su espalda. Es tan guapo. Tan elegante. Es mi pasado, mi presente y, con suerte, mi futuro, todo en un paquete impresionante.

—¿Bailarías conmigo? —pregunta, ofreciendo su mano—. No es el baile de graduación, pero tendrá que servir.

Deslizo mi mano en la suya y me pongo de pie.

—Esto es mejor que el baile de graduación.

—Sí, porque ese imbécil de Connor Hartwell no está aquí.

Me río.

—Tú ganaste, Sebastian. Ya no hay necesidad de estar celoso.

Nos acomodamos en los brazos del otro como si fuera la cosa más natural y fácil del mundo. No puedo apartar mis ojos de los suyos mientras bailamos alrededor del avión vacío, meciéndonos al ritmo de la eterna canción de amor.

Es el momento más romántico de mi vida. Nunca lo olvidaré.

En el coro de la canción, me hace girar lentamente. Vuelvo a sus brazos y nuestras bocas se encuentran.

He soñado con besar a este hombre tantas veces desde antes de llegar a la pubertad, pero aún me toma por sorpresa.

La deliciosa manera en que sus manos se aprietan sobre mí, tan necesitadas y llenas de deseo. La suave ternura de su boca. El bajo gemido masculino cuando separo mis labios y prueba mi lengua.

Todo es mejor de lo que pude haber soñado.

Gimo cuando sus manos posesivas se aprietan en mi cintura y me acerca más. Su cuerpo es tan grande. Tan duro.

Un fuego se enciende en mi centro y se irradia a través de mí mientras estamos de pie en el avión mientras suena la canción, nuestras lenguas haciendo todo el baile ahora.

Me quedo sin aliento cuando nos separamos. Mi corazón late con fuerza.

Miro sus hermosos ojos azules y me emociono cuando veo la forma en que me mira. Me mira

como si fuera toda suya. Como si ya estuviera decidido. Soy su chica y eso es todo.

—Debería haber hecho esto hace años —dice con una voz profunda y grave—. Lamento que me haya llevado tanto tiempo darme cuenta de que mi chica estuvo frente a mí todo este tiempo.

—No seas duro contigo mismo, Sebastian —susurro mientras deslizo mi mano por su suave camisa, sintiendo sus duros músculos debajo—. Si las cosas hubieran sido diferentes, tal vez no hubiéramos tenido este momento increíble. Tal vez no estaríamos aquí ahora, juntos, así.

Sus ojos bajan a mis labios y me estremezco por completo sabiendo que va a besarme de nuevo.

Esa hermosa boca desciende sobre mí y me besa con un poco más de urgencia. Un poco más de pasión. Mi cabeza da vueltas mientras beso a este hombre hermoso mientras volamos por el aire.

Tenemos unas horas más antes de aterrizar y esta vez, no vamos a desperdiciar ni un segundo.

CAPÍTULO OCHO

Sebastian

Mantengo a mi chica bien cerca mientras salimos de la limusina frente a la enorme mansión de Van Morgan. Un grupo de paparazzi está merodeando con cámaras y miradas de buitre en sus rostros. Sus ojos se iluminan cuando me ven.

—Cuidado —advierto con un gruñido cuando vienen en tropel, empujando luces y cámaras en nuestras caras. No me importa si me toman fotos, pero no quiero que se acerquen a mi chica. Estoy acostumbrado a la locura de la fama, pero Alina no se inscribió para esto.

La pongo detrás de mí cuando un micrófono se mete en mi cara.

—Sebastian, ¿es esta tu prometida? —pregunta la reportera con el pelo de cartón.

Mis manos se aprietan en puños cuando veo que intentan captar a Alina en cámara. Cada instinto protector en mi cuerpo despierta como una bestia enfurecida. Ella es *mía*.

Empujo a un camarógrafo y cae de culo. Probablemente eso me costará cincuenta mil, pero no me importa. Estoy listo para más.

Giro la cabeza, mirando con furia al siguiente tipo que se apresura a tomar su lugar. Voy a estrellar mis nudillos en su mandíbula si apunta esa cámara a mi chica.

—Está bien —dice Alina en voz suave.

Tengo los dientes apretados mientras la miro. Mis músculos están tensos. Mi cuerpo rígido. Un calor furioso me atraviesa como una tormenta de fuego.

Alina toca suavemente mi brazo y me sonríe. —Todo está bien, Sebastian —me susurra—. Sé en lo que me metí y no me molesta.

Todavía estoy respirando pesadamente cuando ella da un paso adelante con una sonrisa radiante. —Soy Alina Hoover —le dice a la entrometida reportera—. Es un placer conocerlos a todos.

—¿Estás comprometida con Sebastian Kemp? —pregunta la reportera con ese maldito micrófono en su cara.

—Por supuesto que sí —dice mientras me lanza una sonrisa por encima del hombro.

Mis puños siguen apretados y estoy respirando profunda y pesadamente, pero empiezo a calmarme. Tengo que darme cuenta de que mi chica puede cuidarse sola. Lo ha hecho sin mí durante años.

—¿Cómo se conocieron?

—Bueno, yo estaba en segundo grado —dice con una risa. Hay como diez cámaras sobre ella, pero no parece nada alterada. Es asombrosa—. Fui a casa de mi amiga a jugar con las Barbies y lo vi por primera vez. Estaba sentado en el sofá, jugando videojuegos. Llevaba unos pantalones cortos azules que le quedaban demasiado cortos —siempre crecía muy rápido— y una camiseta de X-Men. Tenía el pelo todo desordenado y levantado por detrás. En cuanto lo vi, me enamoré. Supe que era el indicado para mí.

Me quedo de piedra cuando se da la vuelta con una sonrisa tímida.

¿Se acuerda de eso? Pensé que era el único.

Recuerdo verla entrar en mi sala de estar con su pelo castaño en una coleta, atado con como cuatro scrunchies de diferentes colores. Era tan linda. Por primera vez en mi vida, me di cuenta de lo que era tener un flechazo.

Pasé la tarde fingiendo que no la notaba, pero sí lo hacía. La miraba de reojo, preguntándome por qué no podía dejar de hacerlo.

Responde algunas preguntas más y luego se dirigen a mí.

—Sebastian, ¿vas a firmar con las Hyenas? —pregunta uno de ellos.

—Sin comentarios —gruño.

—¿No sería emocionante tener al gran Sebastian Kemp jugando en San Antonio? —pregunta Alina con una sonrisa, promocionándome—. Estoy segura de que a la maravillosa gente de San Antonio le encantaría que la Copa Stoney llegara a su hermosa ciudad por primera vez, ¿no creen?

—Entonces, ¿eso significa que va a firmar con las Hyenas? —pregunta el reportero, girando su micrófono hacia ella.

—Ya veremos —dice con una sonrisa cómplice—. Tal vez. Tal vez no.

Engancho su brazo con el mío y nos abrimos paso entre la multitud. Intentan seguirnos por el camino, pero la mirada de advertencia que les doy hace que retrocedan.

—No tienes que hablar con ellos —susurro una vez que estamos solos.

—Lo sé —dice con una sonrisa burbujeante—. Es divertido. Espera a que toda la ciudad esté hablando de que te unes a las Hyenas. Te añadirán un cero extra a tu contrato.

Sacudo la cabeza y me río mientras la miro. Esta mujer no deja de sorprenderme. —Eres asombrosa.

—Ya era hora de que te dieras cuenta —dice con una sonrisa.

¿Es demasiado pronto para estar enamorado? ¿Cómo puede todo moverse a un ritmo glacial durante *años* y luego de repente dispararse a la velocidad del rayo?

Supongo que el amor puede ser así de tonto a veces.

Dos enormes guardias de seguridad están esperando en las puertas masivas. Están a punto de abrirlas para nosotros cuando recuerdo algo y me detengo.

—Espera —digo mientras meto la mano en mi abrigo y saco el viejo anillo de boda de mi abuela.

Los ojos de Alina se iluminan cuando lo ve y de repente deseo estar dándoselo de verdad.

—Para el espectáculo —digo mientras tomo su mano.

—Claro —dice como si saliera de alguna realidad alternativa—. El espectáculo.

Odio que estemos haciendo esto. Quiero que esto sea real. Quiero que este sea un anillo de compromiso real. Quiero que ella esté comprometida conmigo.

Un escalofrío recorre mi cuerpo mientras deslizo el anillo antiguo en su dedo. Es antiguo, pero es hermoso. Un diamante gigante con una banda de platino. Ella parece no poder apartar los ojos de él.

—¿Es este el de tu abuela? —pregunta.

—¿Cómo lo supiste?

—No es la primera vez que este anillo está en mi dedo —dice, sonriendo mientras me mira —. Marie y yo solíamos jugar a disfrazarnos en la habitación de tu madre. Este anillo siempre fue mi favorito.

Un día, se lo daré de verdad.

—Me temo que Marie se te adelantó —dice con una sonrisa—. Solíamos fingir que nos casábamos. Puede que técnicamente aún esté comprometida con ella. No estoy segura, tendré que comprobarlo.

—Mi hermana tendrá que pelear conmigo por ti.

—Mi dinero está en Marie —dice riendo—. Tu hermana pelea sucio.

Sigue mirando el anillo mientras subimos los escalones restantes. Se dirige directamente a los guardias con una confianza que me resulta muy atractiva.

—El señor Sebastian Kemp y su hermosa prometida, Alina Hoover —dice, mostrándoles el anillo como si fueran dos entradas para el evento.

Ambos me reconocen y abren las puertas con un gesto. —Que disfruten la noche —dice uno de ellos mientras entramos—. La fiesta es en la parte de atrás.

El lugar es espectacular. La casa en la que crecí cabría en este vestíbulo con espacio de sobra.

Alina me rodea el brazo con el suyo mientras nos adentramos en la casa hacia el ruido. Nunca me he sentido tan orgulloso de llevar a una mujer del brazo. Está radiante. Es una diosa con ese vestido rojo. Soy el hombre más afortunado del mundo.

Pensamientos contradictorios batallan en mi interior. Quiero que todos vean con quién estoy, pero también quiero guardarla solo para mí. Nunca me había sentido tan abrumado así. Mi obsesión con esta belleza se hace más fuerte cada segundo que paso con ella.

Las cabezas se giran y los susurros comienzan cuando entramos en el patio trasero. Está

oscuro afuera, pero el patio está iluminado por la hermosa piscina enterrada y todas las linternas brillantes colgadas en los árboles. Es como un cuento de hadas mágico aquí afuera.

—¿Conoces a toda esta gente? —susurra Alina mientras se aferra un poco más a mi brazo.

—A algunos —digo mientras saludo con la cabeza a Dustin Reese, el defensa estrella de Los Venados de Quebec City—. A algunos los conozco, de otros he oído hablar.

De repente, la multitud se aparta y un enorme bruto feo se abalanza.

—Oh, mierda —jadeo en voz baja cuando veo a Tucker McKinstry abalanzándose hacia mí con una mirada desagradable en su rostro.

Es el tipo más duro de la liga. Creo que solo juega al hockey para poder golpear legalmente a la gente en la cara. Y es bueno en eso. En la parte de los golpes. En el hockey, es solo ligeramente superior a la mediocridad.

—¿Quién es ese? —pregunta Alina con un tono de inseguridad. Retrocede un paso mientras McKinstry se acerca directamente a mí.

—La cosa de las pesadillas —susurro para mí mismo mientras le devuelvo la mirada a esos ojos locos. La última vez que vi a este hombre fue cuando me estrelló contra las tablas tan fuerte que pensé que mi caja torácica se había hecho añicos. Se alejó patinando de mí tan despreocupadamente como si fuera solo otro día en la oficina.

Trago saliva mientras se acerca a mí. —Sebastian Kemp —dice con su voz profunda y gruñona.

—Hola, Tucker.

Empuja su gran mano en la mía y casi gimo cuando siento la fuerza de su agarre. —Escuché que ahora ambos somos Hyenas.

—Aún no —digo, tratando de liberar mi mano de la suya. Está firmemente apretada. No iré a ninguna parte hasta que me suelte—. Voy a firmar el contrato esta noche. Espero.

—Bien —dice con un asentimiento feroz—. Destruiré a cualquiera que te toque.

Puedo sentir la intensidad que irradia. Es un monstruo. Un monstruo que me alegra mucho tener de mi lado.

—Genial —digo con una risa nerviosa.

Me mira fijamente por otro largo segundo, luego suelta mi mano y se aleja pisando fuerte. La gente se aparta de su camino mientras se dirige al bar.

—¿Quién diablos era ese? —pregunta Alina mientras lo ve alejarse.

—Tucker McKinstry —digo mientras lo veo beberse un vaso de whisky como si fuera agua.

—Es... intenso.

—Ya lo creo. Es el tipo más duro de la liga.

—Me voy a sentir mejor si él está en el hielo cuidándote la espalda —dice Alina.

Trago saliva y exhalo el aliento que he estado conteniendo. —Yo también, nena. Yo también.

Socializamos un poco con algunos de los jugadores, pero todo lo que quiero hacer es llevar a mi chica a alguna habitación oscura donde podamos estar solos. La única persona que me

interesa aquí es ella.

Harris Sutton se acerca y se presenta. Sé quién es. Solía tener su camiseta cuando era preadolescente. Ha sido el único buen jugador de las Hyenas, pero ya está bastante pasado de su mejor momento. Pero incluso a los treinta y seis años, Harris Sutton sigue siendo una fuerza a tener en cuenta en el hielo.

—Dime que el contrato está firmado —dice con una sonrisa—. Dime que Sebastian Kemp se une a la manada esta temporada.

Sonrío al ver el entusiasmo en su rostro. Este hombre podría haber sido una leyenda si hubiera estado en una organización medio competente con algunos jugadores decentes a su alrededor. En su lugar, le tocó las Hyenas, lo que significa que nunca ha alcanzado su verdadero potencial.

¿Pero este año? ¿Quién sabe? Si me uno al equipo junto con Tucker McKinstry, la estrella novata Austin Gambill, el portero Nolan Barlowe, el sueco y el entrenador Moss... ¿Quién sabe hasta dónde podemos llegar? Tal vez aún no esté pasado de su mejor momento. Tal vez Harris Sutton tendrá su mejor temporada.

—Se unirá al equipo —dice Alina mientras me mira con una cálida sonrisa—. Solo tenemos que conseguir que firme ese molesto contrato.

—El jefe está allí —dice Harris, señalando otro bar instalado en el lado opuesto del césped.

Diviso al nuevo propietario multimillonario, Brantley Van Morgan. Tiene alrededor de doce personas a su alrededor, pendientes de cada palabra que dice.

—Pon esa tinta en ese contrato —dice Harris mientras me da una palmada en el hombro—. Comenzaremos algo especial.

Puedo sentir el fuego rugiendo en mi pecho. Quiero esto.

Aquí es donde pertenezco. Puedo sentirlo. Quiero un nuevo comienzo. Nueva ciudad. Nuevo equipo. Nueva chica.

Mi vida finalmente está encajando.

Este es mi destino. Aquí es donde me convertiré en una leyenda.

Y con Alina a mi lado, será un cuento de hadas también.

—¿Deberíamos ir a saludar? —pregunta Alina mientras me mira.

Aprieto su mano y asiento. —Vamos a hacer esto.

CAPÍTULO NUEVE

Alina

Puedo notar que Sebastian está nervioso mientras caminamos hacia el dueño de las Hyenas. Deslizo mi mano por su espalda baja y él me sonríe agradecido.

—Tú puedes —le susurro con un guiño—. Puedes hacer cualquier cosa.

Sé que puede. Lo he visto pasar de ser un niño flacucho a convertirse en el mejor jugador de hockey del mundo. Lo he visto hacer realidad cada sueño que ha tenido.

No puedo decepcionarlo. Tenemos que vender esto bien.

Pero en realidad, ¿qué hay que vender? He estado enamorada de Sebastian durante la mayor parte de mi vida. No hay nada que fingir.

Brantley Van Morgan deja de hablar cuando nos ve acercarnos. No solo parece rico, sino que tiene un aura de riqueza a su alrededor que todos los multimillonarios deben tener. Es un aura de suprema confianza que solo puedes tener cuando eres capaz de conseguir *lo que sea* o a *quien sea* que quieras.

—Señor Kemp —dice mientras se abre paso entre la multitud con la mano extendida—. Gracias por venir.

—El placer es todo mío —dice Sebastian mientras le estrecha la mano—. Gracias por invitarnos.

Van Morgan le sonríe cálidamente y luego dirige esos cálidos ojos marrones hacia mí. —Esta debe ser la encantadora prometida de la que no puedes dejar de hablar. Alina Hoover, ¿verdad?

—Sí, señor Van Morgan —digo, sonriendo mientras le estrecho la mano—. Pronto seré Alina Hoover-Kemp.

—Estaba emocionado por conocer a la mujer que fue capaz de robar el corazón del salvaje Sebastian Kemp. Debes ser una bomba.

—Oh, sí —digo con una risa—. Soy toda una explosión.

Ambos me miran con los ojos abiertos. —Escuché eso en cuanto lo dije —digo, tratando de

recuperarme con una risita—. No es exactamente lo que quería decir.

—Ya me cae bien —dice Van Morgan con una risa contagiosa—. Vengan, déjenme darles un tour por mi casa.

—Es preciosa —digo mientras caminamos hacia ella. Nunca he estado en una casa tan grande o lujosa como esta, y he estado en muchas casas bonitas por trabajo. Quiero verlo todo, pero realmente quiero ver los armarios.

—Me alegro de que te guste —dice con una cálida sonrisa—. Gáname cinco Copas Stoney y te compraré una.

—Si alguien puede hacerlo, ese es Sebastian —digo mientras deslizo mi mano en la suya. Él me da un pequeño apretón de gratitud.

—Felicidades por el compromiso —dice Van Morgan mientras abre la puerta y nos deja entrar—. Admito que me sorprendió bastante escuchar la noticia.

—No tanto como me sorprendió a mí —digo con una risa.

Nos observa cuidadosamente mientras nos detenemos en la enorme sala de estar. Van Morgan es un hombre intimidante, pero hasta ahora, lo estoy manejando con calma.

Me aferro al gran y duro bíceps de Sebastian mientras miro alrededor de la habitación. —Me encanta esa pintura.

—Es un Garchannio —dice. Asiento como si supiera quién es. Nunca he escuchado ese nombre en toda mi vida.

—Es muy talentoso —dice Sebastian mientras mira la pintura—. Es mi artista favorito.

—*Ella* —corrige Van Morgan—. Elia Garchannio.

—Oh, cierto —dice Sebastian rápidamente, sacudiendo la cabeza—. Por un momento pensé que era Steve Garchannio. Mi error.

Lo miro, tratando de no reírme.

—¿Steve? —susurro mientras Van Morgan continúa hacia el comedor.

Ambos empezamos a reírnos. —Es muy famoso. Deberías investigarlo.

Van Morgan continúa el recorrido, mostrándonos extravagantes piezas de arte y pinturas que probablemente deberían estar en un museo, y toda su excesiva riqueza.

Luego bajamos a la bodega. Mi mandíbula cae cuando veo cuántas botellas tiene. Su suministro podría durar cien vidas.

—En la próxima pandemia, me pongo en cuarentena aquí —dice Sebastian con una risa—. Este lugar es irreal.

—Me alegro de que te guste —dice Van Morgan con una sonrisa—. Y eres bienvenido cuando quieras.

—¿Hay una señora Van Morgan? —pregunto casualmente. Me pregunto qué pasa con este tipo. Es atractivo y parece estar a principios de los cincuenta, si tuviera que adivinar. Con su cabellera completa y su cuenta bancaria rebosante, debe estar alejando a las mujeres sin parar.

—Aún no —dice sin elaborar más—. Miren esta botella. Es de 1892. La compré en una

subasta de un castillo en Escocia. Es un buen artículo de colección, pero dudo que sepa mejor que una botella de diez dólares de la gasolinera de la esquina.

Sebastian toma la botella y examina la etiqueta descolorida mientras yo lo examino a él. Es tan condenadamente atractivo. Desearía poder volver en el tiempo y decirle a mi yo de diez años que estoy en una cita con Sebastian. Estaría tan emocionada.

Siempre me ha encantado su rostro: la curva masculina y afilada de su mandíbula, la pendiente de su nariz, la forma en que sus brillantes ojos azules siempre parecen resaltar, especialmente cuando está bronceado. Nunca he podido mirarlo así. Simplemente mirarlo descaradamente. Siempre he tenido que conformarme con miradas rápidas y furtivas.

Pero es mío por esta noche. Puedo mirarlo todo lo que quiera.

De repente recuerdo que no estamos solos. Mis ojos se dirigen a Van Morgan. Nos está observando como si tratara de descifrar si todo esto es una farsa.

Le sonrío cálidamente y luego tomo el brazo de Sebastian. Me pongo de puntillas y beso la mejilla de mi falso prometido para el espectáculo y porque tengo que aprovechar todos los besos que pueda antes de que termine la noche.

—Te encantará la siguiente habitación, Sebastian —dice Van Morgan mientras vuelve a guardar la vieja botella—. Es mi oficina.

Mi corazón empieza a latir con fuerza mientras salimos de la bodega. ¿Podría ser este el momento? Sebastian parece estar igual de nervioso.

—Así que, Sebastian dijo que se conocieron en la universidad, ¿no? —dice Van Morgan mientras caminamos. Mantiene sus ojos fijos en mí mientras mi estómago da un vuelco. ¿Lo dijo? Él nunca me contó nada sobre una historia inventada de la universidad.

Sebastian aprieta discretamente mi mano. No estoy segura si eso significa que siga la corriente o si es una trampa.

Decido apegarme a la verdad.

—No, nos conocimos mucho antes que eso —digo con una sonrisa—. He conocido a Sebastian desde antes de que tuviera vello corporal.

Van Morgan se ríe.

—Es cierto. Novios de la infancia. Eso es lo que él dijo.

Sebastian respira un poco más tranquilo ahora que hemos sorteado la trampa de Van Morgan.

Entramos en su lujosa oficina y Sebastian jadea cuando ve todos los objetos de hockey en los estantes y colgados en las paredes. Parece un niño en una tienda de dulces mientras salta de unos viejos guantes de hockey a un palo firmado.

—¡Este es el palo de hockey de Maurice Belanger! —exclama Sebastian, señalándolo con asombro.

Van Morgan niega con la cabeza con una sonrisa en el rostro.

—Ya no. Ahora es mío.

Observo a Sebastian y me maravillo de cómo vuelve a parecer un niño pequeño —el niño del

que me enamoré— mientras mira unas viejas tarjetas de hockey enmarcadas.

Van Morgan se acerca a mí mientras deja que Sebastian explore.

—Sabes, pensé que sonaba un poco sospechoso —dice en voz baja—, que Sebastian Kemp estuviera de repente comprometido.

Trago saliva mientras fuerzo una sonrisa.

—Pero al verlos juntos —dice con un asentimiento—, mis dudas han desaparecido. Ustedes dos parecen embelesados el uno con el otro.

—¿En serio? —pregunto tontamente. Es que... La idea de Sebastian embelesado conmigo es simplemente demasiado difícil de creer.

—Soy un buen juez de carácter y no se me escapa mucho, señorita Hoover —dice con un asentimiento confiado—. Puedo ver que ustedes dos están enamorados. Es encantador verlo.

Me vuelvo hacia Sebastian y mi respiración se acelera. Está señalando un viejo disco de hockey y sonriendo como si fuera un diamante invaluable.

—Ven a ver esto, Alina —dice con entusiasmo—. ¡Está firmado por todo el equipo campeón de 1979!

Me acerco con las palabras de Van Morgan aún dando vueltas en mi cabeza.

Puedo ver que ustedes dos están enamorados.

Estoy segura de que es fácil verlo en mi rostro, pero ¿también en Sebastian? ¿Podría él realmente estar enamorado de mí o es todo parte de la actuación?

—Mira —dice mientras pone su brazo alrededor de mí y señala el disco autografiado que parece flotar mágicamente en la vitrina—. ¡Guy Roloson, Lester Bower, Gordie Miller! ¡Están todos aquí!

Realmente no me importa un viejo disco, pero me encanta ver a Sebastian tan emocionado.

—Es genial —digo.

—Tengo una cosa más que mostrarles antes de que volvamos a la fiesta —dice Van Morgan. Camina hacia su escritorio y saca un contrato del cajón.

Oigo a Sebastian contener la respiración mientras lo mira con la mandíbula tensa.

—Tu agente ha revisado el contrato varias veces y lo ha aprobado —dice, señalando su firma —. Es lo que acordamos en nuestra última reunión.

—¿Me quiere en el equipo? —dice Sebastian, aún mirando el papel con asombro.

—Como mencioné —dice Van Morgan con voz profunda—, tenía mis reservas sobre tu comportamiento fuera del hielo. Pero después de conocer a tu encantadora prometida, se han disipado.

—Lo mantendré con una correa corta —digo, guiñándole un ojo al multimillonario—. *Muy* corta.

Él se ríe.

—Estoy seguro de que lo harás.

—Mis días de fiesta han terminado —dice Sebastian en un tono firme—. Se lo prometo. —

Solo que me está mirando más a mí que a Van Morgan cuando lo dice.

—Me alegra oír eso, señor Kemp —dice Van Morgan—. La próxima gran dinastía del hockey te está esperando. Lo único que falta es tu firma.

Le ofrece una pluma. La mano de Sebastian tiembla mientras la toma.

Todo su duro trabajo, sacrificio y determinación han llevado a este momento.

El chico flacucho que le decía a todo el que lo escuchaba que sería una superestrella del hockey se ha convertido en una. Estoy tan orgullosa de él que me trae lágrimas a los ojos.

Una lágrima se escapa y se desliza por mi mejilla mientras lo veo firmar su nombre.

Ahora es un Hyena.

—Bienvenido al equipo —dice Van Morgan, estrechando su mano firmemente—. Estoy muy feliz de tenerlos a ambos en San Antonio.

Trago saliva mientras fuerzo una sonrisa. ¿Qué va a hacer cuando descubra que nuestro compromiso es una farsa? ¿Cuando Sebastian se mude a San Antonio y yo me quede atrapada en Shakings, Colorado?

¿Qué voy a hacer cuando me dejen atrás?

Aparto ese pensamiento triste y horrible de mi cabeza y me concentro en el momento feliz.

—¿Ven ese estante vacío sobre la chimenea? —pregunta Van Morgan, señalándolo—. Ese es para la primera Copa Stoney de las Hyenas.

—Va a necesitar muchos más estantes —digo con una risa—. ¡Ahora que tiene al gran Sebastian Kemp en su equipo!

Celebramos un poco más y luego Van Morgan se disculpa para volver con sus invitados en la fiesta.

—Si hay algo que deseen, por favor háganmelo saber —dice cuando estamos fuera de su oficina—. Ambos son familia ahora.

—Hay una cosa —digo, avergonzada de preguntar, pero sé que me arrepentiría para siempre si no lo hiciera.

—¿Qué es?

—¿Puedo ver su armario?

Van Morgan se ríe.

—¡Esa es nueva!

—Ella está en el negocio de armarios de lujo —explica Sebastian—. Siempre insiste en mirar los armarios de todos. Es un riesgo ocupacional con ella.

—Quinta puerta a la izquierda —dice Van Morgan con una risa—. Siéntete como en casa.

Estoy emocionada mientras él se aleja, aún riéndose para sí mismo.

Sebastian se vuelve hacia mí con los ojos muy abiertos y una enorme sonrisa una vez que Van Morgan desaparece por las escaleras.

—¡Estoy en el equipo!

—¡Felicidades! —digo, tratando de mantenerme animada y feliz.

Por dentro, mi corazón se está rompiendo. Esto se acabó. Firmó el contrato. Ya no hay necesidad de que sigamos fingiendo.

Él se mudará a San Antonio y se convertirá en una gran estrella internacional, y yo... no.

Me quedaré atrapada en nuestro pequeño pueblo natal, esperando poder verlo en Navidad o cuando vuelva a visitar a su madre.

Se acabó.

Suelto un jadeo cuando toma mis mejillas entre sus manos y atrae mi boca hacia la suya para darme un cálido beso.

O, tal vez no...

CAPÍTULO DIEZ

Sebastian

Mi corazón late aceleradamente mientras estoy en el armario de Brantley Van Morgan, viendo a Alina perder la cabeza ante los estantes personalizados de lujo y el portacorbatas automatizado.

El armario es una locura. Tiene una isla gigante en el centro con un sofá de cuero en la esquina. Filas y filas de trajes caros y a medida cubren una pared. Otras dos paredes están llenas de estantes de suelo a techo con todo tipo de zapatos y botas imaginables. Parece una biblioteca, pero en lugar de libros, hay calzado de cuero italiano finamente elaborado.

Todo está iluminado con una luz cálida que resalta los ricos tonos de caoba de la madera. Podría tener que conseguir un armario igual cuando me mude aquí.

—Dios mío, Dios mío, Dios mío —dice Alina mientras mueve la cabeza de un lado a otro, absorbiéndolo todo con una expresión adorable de asombro en su rostro.

Algo se me ocurre mientras la observo: nunca he sido tan feliz. Ni siquiera como novato, cuando firmé por primera vez con los Miami Eels. Estaba emocionado, pero también extremadamente nervioso. No sabía qué esperar.

Ahora, todo eso ha quedado atrás. Sé qué esperar del juego, pero es mi vida personal lo que me tiene más inseguro esta vez. ¿Qué me depara el futuro a mí y a Alina?

Lo quiero todo. Matrimonio, hijos, una casa llena de amor a la que regresar.

Eso es lo que siempre he querido, solo que era demasiado estúpido para darme cuenta. No me di cuenta de lo que estaba huyendo.

—Mira estos increíbles cajones para su colección de relojes —se dice a sí misma mientras toca un botón y se deslizan silenciosamente—. Oh, wow, mira estas bisagras. Me pregunto quién será su proveedor.

—¿Vendrás conmigo, verdad?

Su cuerpo se tensa. Mi pulso se acelera.

Se levanta lentamente y se da la vuelta, mirándome con el aliento contenido. —¿Qué?

—No quiero hacer esto sin ti.

Abre la boca, pero no dice nada.

—No quiero mudarme a San Antonio sin ti, no quiero vivir sin ti, y no quiero dar un solo respiro más sin ti. Quiero que seas mi chica, Alina. Oficialmente. No de mentira. Estoy enamorado de ti. Creo que siempre lo he estado.

Tiembla levemente mientras me mira con los ojos muy abiertos.

—Sé que solo ha sido una noche, pero —

—No ha sido solo una noche —dice mientras toma una profunda respiración—. He estado enamorada de ti desde segundo grado, Sebastian. Siempre quise ser tu chica.

—Ahora eres mi chica —digo con un tono firme y posesivo—. Y siempre lo serás.

El aire en este enorme armario se calienta mientras nos miramos como dos leones hambrientos observando un suculento chuletón de cerdo.

Ella se lame los labios. Yo gruño. Y entonces nos lanzamos el uno hacia el otro, chocando en un abrazo de pasión desesperada. Nuestras bocas se encuentran. Mis manos se deslizan por su cuello y se hunden en su cabello. Todas sus trenzas y rizos caen en un desorden bajo mis manos exigentes mientras la beso tan fuerte que nunca olvidará que me pertenece.

El sabor sensual de su boca y la sensación tentadora de su cuerpo suave contra el mío me tienen completamente excitado. Ella gime en mi boca cuando siente mi erección presionando su estómago.

—*Sebastian* —dice con voz entrecortada entre besos.

Espero que no me pida que pare. No puedo pasar otro minuto sin su cuerpo.

—Te esperé —dice mientras me mira con esos grandes y hermosos ojos color avellana, con pequeñas y rápidas respiraciones saliendo de sus labios húmedos.

Sus palabras me golpean fuerte. Mis rodillas casi ceden.

—¿Eres... virgen?

Ella asiente con la cabeza mientras me mira a los ojos. —Solo te quería a ti.

Aprieto mis labios contra los suyos, besándola como nunca antes he besado a nadie. Le *robo* el aliento. *Pruebo* su inocencia.

—No sé qué has oído sobre mí, Alina —digo, separando mi boca de la suya—. Pero los rumores no son ciertos. Nunca he estado con ninguna actriz. Nunca he estado con nadie. Bebí y me metí en peleas, pero nunca quise a otra mujer. Siempre has sido la única para mí.

Esta vez ella aprieta sus labios contra los míos. Nuestras manos comienzan a moverse. Nuestros cuerpos se frotan.

No deberíamos estar haciendo esto aquí.

Es demasiado arriesgado. Acabo de firmar un gran contrato y prometí portarme bien. Si mi nuevo jefe entra y me ve desnudo en su armario, podría romperlo en pedazos.

Pero es más que eso. Mi angelito puro merece más para su primera vez. Más que escondernos y hacerlo en una fiesta.

Me está matando, pero no puedo parar. No puedo apartar mis manos ni mi boca de ella. Nuestros cuerpos están al mando ahora.

Ella gime mientras aparto su cabello a un lado y beso su cuello. Sus manos se deslizan por mis brazos, sintiendo mi fuerza. Agarra un puñado de mi chaqueta y me atrae contra ella.

Tengo una mano en su sedoso cabello, sosteniendo su cabeza hacia un lado mientras beso su clavícula. Mi otra mano se desliza por la curva de su cadera, sobre su cintura, luego por su estómago, dirigiéndose hacia esos pequeños y firmes pechos que han dominado mi mente toda la noche.

Ella jadea cuando tomo uno con mi mano grande y lo aprieto firmemente.

Muevo mi boca de nuevo sobre la suya, flotando sobre sus labios entreabiertos. La miro con ojos de lobo. —¿Te gusta cuando mis manos están sobre ti? —gruño.

—*Sí* —jadea, su cuerpo retorciéndose frente a mí.

Me pregunto qué tan mojada está. Si ese pequeño coño está empapado de necesidad.

Una vez que el pensamiento entra en mi cabeza, se vuelve más fuerte y exigente con cada segundo que pasa, hasta que la levanto y coloco su trasero sobre la isla de caoba en el centro de la habitación.

—¿Qué estás haciendo? —jadea sin aliento.

—Abre las piernas, Alina.

Sus ojos se abren un poco, pero obedece al instante. Ese vestido rojo y sexy se desliza por sus muslos mientras separa las piernas.

—Más abierto —ordeno.

Ella las abre aún más.

Mi polla está palpitando en mis pantalones, sabiendo que hay un coñito virgen y húmedo esperándome.

—¿Deberíamos estar haciendo esto aquí? —pregunta mientras mira nerviosa la puerta cerrada.

—Probablemente no —digo mientras retrocedo y me quito la chaqueta. Mis ojos están fijos entre sus piernas. —¿Quieres parar?

Ella cierra los ojos y gime de frustración. —No.

—Yo tampoco —digo mientras dejo mi chaqueta sobre el perchero de suéteres. Ella respira tan agitadamente mientras me observa desabrochar un gemelo y subirme la manga. Esos pechos firmes suben y bajan mientras me subo la otra manga por mi grueso antebrazo.

Es tan jodidamente sexy. Su cabello está desordenado, sus labios húmedos están rojos e hinchados por mis besos bruscos, y sus pezones están tan duros que puedo verlos a través del vestido. Dejo que mis ojos recorran su cuerpo, deseando recordar cada detalle de este momento.

—Súbete ese vestido para mí, cariño —gruño mientras me aflojo la corbata. —Quiero ver si tus braguitas están bien mojadas.

Ella tímidamente toma su vestido rojo y lentamente lo levanta. Mi polla se estremece en mis

pantalones al ver sus muslos internos. Se me hace agua la boca al pensar en lo dulce que será enterrar mi cara entre ellos y saborear su jugoso coño.

El borde de su vestido rojo se desliza sobre sus braguitas blancas y dejo escapar un gemido. Un manchón húmedo es visible en su montículo y no puedo apartar mis ojos ardientes de él.

—¿Qué tan mojada estás? —pregunto mientras me quito la corbata negra del cuello y la dejo caer al suelo.

—*Muy* mojada —responde mientras se muerde el labio inferior y me observa regresar. —Solo me he mojado por ti, Sebastian. He soñado con esto tantas veces.

—Es hora de hacer tus sueños realidad —digo con una sonrisa mientras deslizo mis palmas por sus piernas desnudas. Su cuerpo tiembla cuando paso por sus rodillas.

Sus muslos son tan suaves. Tan flexibles.

Ella gime cuando me inclino, arrodillándome frente a ella.

—*Oh, Dios* —susurra con una voz sexy mientras acerco mi cara a su sexo. Beso suavemente su coño sobre sus braguitas mojadas y luego inhalo profundamente, oliendo su excitación. Mis entrañas están en *llamas* y su aroma lujurioso es como echar gasolina sobre ellas. Nunca he necesitado algo tanto como la necesito a ella.

—Voy a quitarte estas braguitas —digo mientras agarro la cintura con mis puños, —y voy a saborearte.

Su cuerpo tiembla mientras mantengo mis puños en su lugar.

—Mírame, Alina. —Ella lo hace. —Voy a devorar tu coño hasta que te corras en mi boca. ¿Entiendes?

Ella traga saliva y asiente. Sus ojos avellana comienzan a nublarse mientras me observa con tanto deseo y excitación que es visible en su rostro.

—Esa es mi buena chica.

Aspiro profundamente y comienzo a bajarle las braguitas. Su coño aparece a la vista, pero mantengo mis ojos en su ropa interior mientras las deslizo por sus piernas. Tal vez quiero que este momento dure o tal vez solo soy un masoquista, pero estoy esperando todo lo que puedo antes de mirar.

Las quito de sus pies, le quito suavemente los zapatos y luego exhalo larga y profundamente mientras vuelvo a su coño.

La belleza de él me deja sin aliento. Mi corazón se encoge mientras contemplo sus pliegues relucientes con asombro.

—*Maldita sea*—susurro, maravillado por el hermoso tono rosado. Me limpio la boca con la mano y me sorprende descubrir que está temblando. He jugado en múltiples finales de campeonato y nunca había temblado. Esto es algo nuevo para mí.

Nunca había quedado tan impresionado como ahora.

Hipnotizado por su sexo, me arrodillo y me humedezco los labios.

Alina apoya las manos sobre la isla de caoba y se tensa nerviosa cuando me acerco. —¿Qué

estás...? ¿Vas a...? *¡Oh!*—

Su voz se desvanece en un gemido mientras deslizo mi lengua por su sexo y me sumerjo en su cálido y húmedo agujero. Es más dulce que la miel. Sabe *divinamente*.

La *devoro*. No hay lugar que mi lengua no toque. Chupo su clítoris mientras entierro un dedo en su estrecho agujero virgen, sorprendido por la fuerza con la que aprieta mi dedo.

—¿Te gusta?—pregunto mientras me retiro por un momento para volver a mirar su hermoso sexo. Separo sus suaves labios con los dedos y un poco de su jugo se escapa.

—Se siente tan bien, Sebastian—gime mientras me mira con ojos brillantes—. No pares.

Gimo mientras tomo una última mirada y luego vuelvo a sumergirme, devastando su sexo con mi lengua ávida y mi boca hambrienta. Quiero que se deshaga. Quiero que se desintegre.

Quiero que se corra *fuerte* sobre mi rostro.

Sus manos se deslizan en mi cabello. Agarran dos puñados y comienza a frotar su sexo contra mi boca, moviendo esas dulces caderas al ritmo de mi lengua.

Sus gemidos se transforman en quejidos cuando acaricio su entrada estrecha. Sus quejidos se convierten en gritos cuando subo por sus pliegues. Y cuando entierro dos dedos en su agujero y me aferro a su clítoris, comienza a gritar de placer intenso. Afortunadamente, esta es una casa enorme con paredes insonorizadas (eso espero).

—*Córrete* sobre mí—gruño mientras sus caderas se estremecen contra mi boca y sus manos aprietan mi cabello—. Córrete sobre tu hombre.

Coloco mis manos bajo su trasero y acerco su sexo a mi rostro, saboreando todo lo que puedo mientras ella comienza a correrse.

El orgasmo la golpea *fuerte*. Grita y se retuerce sobre la isla, su jugo cayendo sobre mis labios y barbilla.

La lamo durante todo el proceso, bebiendo todo lo que puedo. No me detengo hasta que ella colapsa sobre la isla, temblando, y aun así, no quiero parar.

Aún puedo saborearla y olerla cuando me levanto y me limpio la barbilla mojada. Mi mirada está fija en ella, que yace allí, mientras desabrocho mi camisa. Le daré unos segundos para recuperarse.

Sus ojos se abren lentamente mientras me quito la camisa y la tiro sobre mi chaqueta.

Respira pesadamente mientras se sienta, su cabello castaño salvaje haciendo algo increíble en mí.

—Así que así se siente un orgasmo—susurra mientras me observa desabrochar mi cinturón.

—Acostúmbrate—gruño mientras lo saco—. Vas a tener muchos.

—No creo que me acostumbre a esa sensación—susurra mientras sus ojos llenos de descienden hacia mi erección—. Es demasiado intensa.

—Aún no has visto intenso—digo mientras me quito los pantalones. Mi verga es un poste de diez pies en mis calzoncillos negros. Está *desesperada* por ser usada.

—Ven aquí—digo mientras la levanto en mis brazos. Ella desliza su mano por mi pecho

mientras la llevo hacia el sofá de cuero en la esquina.

Su sexo era delicioso, pero lo que realmente quiero es hundirme *profundamente* en él. Quiero mancharla con mi polla cruda y quitarle la virginidad para siempre.

Me siento en el sofá y la acomodo encima de mí, de modo que está montada sobre mi cuerpo.

—Espera —susurra mientras se desliza hacia el suelo. Su rodilla roza mi miembro y casi me corro en el acto, se siente tan bien.

—¿Qué pasa? —gruño impaciente. Siento como si hubiera esperado una eternidad para estar dentro de ella, aunque solo hayan pasado unos días.

—Es mi turno —dice, lamiéndose los labios mientras agarra la cintura de mis calzoncillos. Sus ojos se abren de par en par cuando los baja y mi polla dura como una roca sale disparada frente a su cara.

He estado en muchos equipos de hockey en mi vida. He visto *muchísimas más* pollas de las que me hubiera gustado ver en las duchas.

Así que puedo decir con autoridad que tengo una *enorme*.

Y la expresión de sorpresa en el rostro de Alina cuando lo descubre es casi cómica. Me reiría si no estuviera tan excitado.

—*Vaya* —susurra mientras envuelve su pequeña mano alrededor de ella. Aprieta mi miembro y una gota de líquido preseminal sale del pequeño orificio de la punta.

Observa asombrada cómo más fluido emerge y se desliza por mi cabeza hinchada, a lo largo de mi grueso miembro y sobre su mano apretada.

Apenas puedo respirar mientras la veo soltar mi polla, llevarse la mano a la boca y lamer mi semilla de sus nudillos. Sus ojos se cierran y gime de placer.

—Te gusta, ¿verdad? —gruño mientras agarro la base de mi polla, sosteniéndola en alto—. Pon esa boquita sexy sobre ella.

Parece nerviosa mientras toma una respiración profunda y luego reemplaza mi mano, sosteniendo mi polla mientras se lame los labios.

La anticipación me quema por dentro. Mis manos se aprietan en puños a mis costados.

—*Sí* —gimo cuando Alina abre bien la boca y me desliza dentro.

Mi cabeza cae hacia atrás en el sofá de cuero mientras siento su suave lengua envolviendo mi miembro. Sus labios se aprietan alrededor de mí y comienza a mover la cabeza de arriba abajo, tomando más pulgadas gruesas de las que pensé que podría. Es increíble. Es la mejor.

Me hundo en el sofá mientras observo a esta hermosa chica trabajando una polla por primera vez en su vida. Cubre cada centímetro de ella y cuando finalmente la saca para tomar aire, está brillante.

Mi corazón late con fuerza mientras se recoge el pelo, acariciándome de arriba abajo, de arriba abajo, de arriba abajo mientras se arregla el pelo con la mano libre.

Si me vuelve a meter en su boca, me voy a correr en su garganta y quiero guardar mi carga para su coño. Quiero follarla sin protección. Quiero *embarazarla*, llenar su sexy cuerpo.

Quiero que cada gota de mi semilla vaya a su vientre. Quiero hacerla mía.

—Muy bien —digo con una voz grave y ronca una vez que se recoge el pelo—. Es hora de deslizar ese dulce coñito sobre mi polla.

Sus brillantes ojos avellana no se apartan de los míos mientras le da a mi polla una última lamida larga, desde mis bolas hasta la punta.

A regañadientes la suelta y se pone de pie. Mi polla cae y golpea mi estómago, dejando un salpicón de líquido preseminal en mis abdominales.

—Quítate ese vestido —ordeno.

Sus ojos excitados están fijos en mi polla mientras alcanza su espalda y desabrocha la cremallera. Me mira mientras ese hermoso vestido rojo cae al suelo.

No puedo superar a esta chica... Es lo más sexy que he visto en mi vida.

De pie, con nada más que un sostén sin tirantes que está a punto de quitarse... *Maldita sea*...

Trago saliva mientras ella también se lo quita, mostrándome sus pechos perfectos. Se me hace agua la boca al mirar sus pezones rosados y duros. Cada centímetro de esta chica es impecable.

—Esa es mi chica —susurro mientras agarro mi polla y la sostengo en alto—. Ahora, ven aquí.

Ella hace lo que le digo, agarrando mis hombros mientras deja caer sus rodillas sobre el sofá, montándome. Guío la cabeza de mi polla hacia su húmeda entrada.

Nuestras miradas se encuentran mientras ella se cierne sobre mí, ambos reconociendo lo significativo que es este momento. No hay vuelta atrás. Una vez que la penetre, será mía. Para siempre. Nunca la dejaré ir.

Ella me pertenecerá y yo le perteneceré a ella.

Mis músculos se tensan. Todo dentro de mí se concentra en este momento. Estoy listo.

Agarro su cadera con mi mano libre y la empujo hacia abajo. Ambos gritamos cuando rompo su himen y la hago mía.

Con un gruñido, la empujo otro centímetro más abajo. Ella aprieta los dientes. Sus ojos están fuertemente cerrados.

Estoy respirando con dificultad, concentrándome en lo increíblemente apretado que está su pequeño coño *apretándome*. ¿Cómo puede ser tan fuerte? Está locamente apretada.

—*Joder*— gimo mientras ella se desliza más abajo. Jugo caliente gotea por mi rabo. Se siente tan bien que no puedo pensar con claridad.

Mi chica me mira con ojos vidriosos y la boca abierta. Mantengo su ardiente mirada y empujo mis caderas hacia arriba, deslizando mi polla hasta el fondo.

Ella lanza la cabeza hacia atrás y grita cuando la lleno por completo.

Está tan *apretada*. No puedo superarlo. Todo en lo que puedo concentrarme es en el apretón implacable.

Pequeños gemidos siguen escapándose de su garganta mientras intenta acostumbrarse a mi

tamaño. Beso sus labios y luego trazo un camino de besos por su cuello para distraerla del dolor punzante.

Dejo mi gran polla profundamente dentro de ella mientras me dirijo a sus pechos desnudos. Tomo uno en mi mano y llevo su pequeño pezón perfecto a mi boca, chupándolo y lamiéndolo mientras sus caderas comienzan a mecerse.

Esta chica es una diosa. No puedo creer que no lo hubiera notado cuando era más joven. No puedo creer que sea toda mía.

Me muevo hacia su otro pecho, cubriendo su duro botón con mi lengua mientras ella comienza a pasar sus manos por mi cabello.

—¿Estás lista?— pregunto mientras deslizo mis manos sobre su suave trasero.

—*Sí*— gime. —Siempre he estado lista para ti.

Sonrío mientras comienzo a levantar su cuerpo, deslizando su apretado y húmedo coño por mi dolorido rabo. Justo cuando estoy a punto de salir, la bajo de nuevo, amando la sensación de que me apriete centímetro a centímetro.

—Se siente tan bien, Alina— gimo mientras la muevo arriba y abajo más rápido. —Amo tu coño.

—Amo tu polla— dice con un jadeo. Agarra mis hombros—clavando sus uñas en mi carne— y comienza a tomar el control.

Suelto su trasero y comienzo a masajear sus tetas mientras ella comienza a cabalgarme. Al principio es lento, pero mi chica es salvaje y comienza a follarme más rápido. Más fuerte. Desliza ese jugoso coño arriba y abajo por mi polla hasta que no puedo soportarlo más.

La necesidad de preñarla se apodera de mí. Domina mi mente.

De repente la levanto y la dejo caer sobre el sofá. Ella grita de sorpresa cuando me salgo de ella.

—No te lo quites— suplica. —*Por favor*.

Rápidamente me acuesto sobre ella, empujando entre sus piernas mientras agarro mi dura polla. Vuelvo a hundirme en su apretado coñito y comienzo a empujar tan fuerte como puedo, follándola como un animal.

Me digo que me calme, que la trate con cuidado, pero mi cuerpo no escucha. Ahora está en control. La embisto una y otra vez hasta que ella grita y se corre sobre mí.

Su coño me aprieta aún más mientras el orgasmo la consume.

Quiero llenar su vientre con mi carga caliente. Quiero que quede embarazada de mi hijo. Quiero que sea mía en todos los sentidos.

Las tentadoras ideas de preñar a esta belleza me impulsan hacia adelante, embestida tras embestida, hasta que siento que un orgasmo surge de la oscuridad.

Me atraviesa con un calor ardiente, cayendo sobre mí mientras clavo mi polla en su coño virgen y la mantengo profundamente dentro mientras ella se retuerce bajo mí.

—¡Joder! —gruño mientras exploto dentro de su coño. Una oleada de semen caliente brota

en su interior, dirigiéndose directamente hacia su vientre. Me aferro a ella mientras mi polla late una y otra vez, vaciando cada gota que tengo en su interior.

Mi cabeza se aclara una vez que el orgasmo se desvanece.

Recojo su cuerpo tembloroso entre mis brazos y me acuesto en el sofá, colocándola encima de mí.

Alina se acurruca a mi lado, apoya su mejilla en mi pecho y cierra los ojos.

Me siento tan en paz mientras inhalo el aroma afrutado de su champú y la sostengo con fuerza protectora.

Ella me hace sentir tan bien. Como si todo fuera posible.

Tenerla cerca es tan increíble que casi duele. A veces me siento tan feliz que siento que no puedo soportarlo. Como si fuera demasiado para manejar.

Estoy más comprometido con ella que nunca.

Seré el hombre que ella merece. Lo juro para mí mismo. Lo juro en silencio para ella.

—Sí —susurra mientras desliza perezosamente su palma por mis abdominales.

—¿Sí, qué? —susurro de vuelta.

Ella me mira con esos hermosos ojos y me sonríe cansada. —Iré a vivir contigo en San Antonio. Si todavía me quieres.

La aprieto fuerte, sin querer soltarla nunca.

—Nada me haría más feliz.

Ella sonríe y luego se recuesta de nuevo sobre mi pecho.

Besé la parte superior de su cabeza y agradezco a los dioses del hockey por darme tanto.

Pero, sobre todo, por darme a Alina.

Nunca la daré por sentado de nuevo.

EPÍLOGO

Alina

Dos meses después...

—¡S*í!* —grito a todo pulmón mientras golpeo el cristal con la palma de la mano—. ¡Vamos, Sebastian, vamos!

Mi hombre acaba de robar el disco en medio de un pase y vuela sobre el hielo hacia la portería del equipo contrario. Esquiva a un defensor y luego al otro. No queda nadie más que él y el portero.

Siento como si mi corazón fuera a salirse del pecho de lo fuerte que late.

Sebastian tiene esa mirada concentrada que adoro. Se ve tan guapo cuando entrecierra los ojos así.

Mira fijamente al portero mientras avanza por el hielo, patinando más rápido que cualquier otro en la pista. Siempre hace que parezca tan fácil. Los otros jugadores están haciendo muecas y gruñendo mientras empujan sus cuerpos al máximo. Mientras tanto, Sebastian se ve fresco y tranquilo como si esto fuera un paseo por el parque para él.

Contengo la respiración mientras el portero se agacha, preparándose para el tiro. Es el primer partido en casa de las Hyenas y la multitud ruge por su nuevo equipo y su nueva estrella.

Sebastian flexiona la muñeca una vez, dos veces, tres veces. El portero hace un split, esperando el disco en la esquina inferior derecha, pero en el último segundo, Sebastian lo lanza hacia arriba y da una voltereta en la esquina superior izquierda de la red por encima de su hombro.

La sirena suena por todo el estadio rugiente. Los focos móviles iluminan el hielo. Estoy de pie gritando más fuerte que nadie.

Sebastian me encuentra inmediatamente entre la multitud, lo cual es fácil ya que estoy en la primera fila (ventajas de ser la *verdadera* prometida del jugador estrella), y empieza a patinar

hacia mí.

Me siento como la chica más especial del mundo cuando me señala, lanzándome un beso mientras se acerca. Me *encanta* verlo con su equipo de hockey. Su cabello ondulado saliendo del casco, las grandes y voluminosas almohadillas haciendo que sus anchos hombros parezcan aún más grandes, y la forma en que se desliza tan sin esfuerzo como si hubiera nacido para estar en patines.

Justo cuando llega, un tipo grande y desagradable del otro equipo le golpea con el hombro, enviándolo contra las vallas. Tiemblan frente a mí, pero mi hombre se mantiene en pie.

—¡Oye! —grito, queriendo trepar por el cristal y encargarme de este idiota yo misma.

Pero las Hyenas tienen a alguien más para hacer el trabajo sucio...

Tucker McKinstry.

La violencia es su arte y este bruto es Van Gogh.

La multitud se emociona aún más cuando Tucker salta sobre las vallas. Arroja sus guantes al hielo mientras carga con una intensidad brutal en sus ojos que me da escalofríos.

Los otros jugadores ni siquiera intentan detenerlo. Todos son muy conscientes de su salvaje reputación y no quieren aparecer en los momentos destacados de esta noche recibiendo una paliza.

—¡Déjalo en paz! —grito cuando el matón agarra la camiseta de Sebastian justo frente a mí. Si este cristal no estuviera aquí, yo misma estaría lanzando puñetazos.

Sebastian me guiña un ojo mientras Tucker se acerca cargando con ojos de loco.

El matón ve a un matón aún más grande acercándose y suelta a mi hombre. Deja caer sus guantes y se pone en guardia, pero no importa. Tucker llega volando con un gancho de derecha demoledor. Golpea la mandíbula del tipo. Puedo oír el crujido desde aquí antes de que vuele contra los paneles de cristal frente a mí, haciéndolos temblar violentamente.

Tucker sigue adelante, aterrizando unos nueve o diez bombazos más antes de que cuatro árbitros puedan separarlo.

La multitud estalla cuando lo arrastran al banco de penalizaciones y lo empujan dentro.

Nunca ha habido tanta emoción en esta ciudad por su equipo de hockey. El estadio está lleno por primera vez en diez años y vibra de energía. Las Hyenas han renacido. Sé que Sebastian los llevará a nuevas alturas. Los conducirá a la victoria porque es un ganador y eso es lo que hacen los ganadores.

Sebastian me lanza otro beso mientras se aleja patinando. Mis ojos nunca lo abandonan. Lo amo tanto.

Los últimos dos meses han sido frenéticos, pero de la mejor manera posible.

El Sr. Seinfeld accedió a dejarme abrir la nueva sucursal en San Antonio, ya que tenía una lista completa de jugadores ricos para iniciar el negocio. Traje a nuestra burbujeante recepcionista Jane para ayudarme a empezar, y aunque Eddie me pidió un millón de veces que lo llevara, lo dejé en Colorado.

Mi primer cliente es Tucker McKinstry. Estamos a punto de comenzar a trabajar en la remodelación de los armarios en la mansión que acaba de comprar. Voy allí con Jane mañana para empezar.

Me deshice de mi apartamento y me mudé con Sebastian. Compramos un nuevo lugar (bueno, yo puse cinco mil dólares y él puso los restantes seis millones novecientos noventa y cinco mil, pero ¿quién está contando?). Es una hermosa mansión con una piscina enterrada, terrenos privados y suficiente espacio en los estantes para diez Copas Stoney.

Miro el marcador mientras el juego se reanuda. Uno - Cero.

El primero de muchos goles para mi hombre.

¡La nueva dinastía oficial de las Hyenas ha comenzado!

SIENTO COMO si mis entrañas vibraran de emoción mientras espero fuera del vestuario después del partido.

Ganamos cuatro a uno. Sebastian anotó tres goles y el novato, Austin Gambill, marcó uno. También estuvo impresionante allí fuera. Va a ser una parte importante del equipo.

Giro mi anillo de compromiso en mi dedo mientras miro fijamente la puerta, esperando a que se abra. Estoy rodeada de otras esposas, asistentes, agentes y publicistas. La prensa está esperando al otro lado en un área acordonada.

Es mi primera vez aquí y es emocionante. Todo el mundo me mira. Supongo que algo del estrellato de Sebastian se está contagiando a mí.

La puerta se abre de golpe y él es el primero en salir. Mi corazón da un vuelco cuando me mira directamente con esos hermosos ojos azules.

Se ha quitado la camiseta y las protecciones, pero todavía lleva puestos los pantalones de hockey y los patines mientras se apresura hacia mí con una enorme sonrisa en su rostro.

Se acerca directamente a mí y me envuelve en un cálido abrazo. Inhalo su aroma masculino y almizclado, adorando cómo enciende un fuego en mi interior. No puedo esperar para llevar a este hombre a casa.

—Tengo que ir a ducharme —me susurra al oído—. Pero necesitaba verte primero.

Siempre es mucho más alto que yo, pero con los patines puestos, es como un gigante. Sonrío mientras lo miro—. Estuviste increíble allí fuera.

Se inclina de nuevo y me besa en los labios—. Tú eres la increíble —me susurra al oído.

Cada parte traviesa de mí está cobrando vida. Necesito llevar a este hombre a casa ahora—. Ve a ducharte —le susurro de vuelta—. Y date prisa.

Sonríe mientras me suelta a regañadientes y vuelve adentro.

Ahora todos los ojos están puestos en mí mientras la puerta se cierra detrás de él. Intento actuar con naturalidad, pero no puedo dejar de sonrojarme y sonreír como una adolescente

emocionada. Justo como solía hacer en la secundaria cada vez que Sebastian me miraba.

Se apresura a terminar su conferencia de prensa y luego corremos hacia el estacionamiento pasando junto a *todos* los que quieren algo de él. Ya sea una entrevista, un autógrafo o una selfie, todos quieren un pedazo de mi hombre.

Fue una noche emocionante, pero estoy tan feliz de estar en casa. Nuestra nueva casa está casi vacía, pero tenemos una cama y eso parece ser todo lo que necesitamos.

Nos dirigimos directamente hacia ella, besándonos y arrancándonos la ropa por el camino. Le quito la camisa y la dejo caer en el pasillo. De repente me detiene justo cuando estamos a punto de entrar en el dormitorio.

—¿Qué pasa? —casi le grito. Mi cuerpo está *ardiendo*.

—Tengo que mostrarte algo primero.

Resoplo—. ¿Ahora?

Asiente. Oh, diablos. No puedo decir que no a esos ojos impresionantes.

—Está bien —digo mientras el calor insoportable palpita entre mis piernas—. Date prisa...

Baja corriendo las escaleras y oigo que se abren y cierran algunas puertas. Solo hay una cosa que quiero ver y no tiene que ir a buscarla...

¿Qué demonios está haciendo allá abajo?

Regresa con la mano detrás de la espalda y una deliciosa sonrisa en su rostro.

Ooh, tal vez sea un nuevo juguete sexual que quiere probar, o alguna lencería, eso también podría ser divertido...

—Para ti, mi amor.

Jadeo cuando me muestra el cachorro de pug más adorable que he visto jamás.

El hombre de mis sueños (sin camisa, nada menos) sosteniendo al perro de mis sueños. No podría ser más feliz. Las lágrimas inundan mis ojos mientras me apresuro y agarro al lindo cachorro.

—Es una hembra —dice Sebastian con voz suave—. Tú le pones el nombre.

—¡Gracias! —digo mientras las lágrimas comienzan a brotar. La sostengo contra mi pecho y ya estoy irremediablemente enamorada de ella.

Sebastian se ríe cuando ella me mira y me lame la barbilla.

—La llamaré Shenzi —digo mientras miro su cara arrugada.

—¿Por qué Shenzi?

—Ese es el nombre de la hiena hembra de El Rey León. Debería ser parte de la manada de Hyenas, ¿no crees?

Se ríe—. Es perfecto.

Los tres nos acurrucamos en el suelo como una pequeña familia feliz.

Una familia feliz que crecerá con los años.

Porque sin saberlo, ya estaba embarazada.

EPÍLOGO

Alina

Diez años después...

Dieciséis armarios de lujo en una semana. ¡Maldita sea, soy buena!

Estoy en la gloria mientras salgo de la oficina el viernes por la tarde y me dirijo a la escuela para recoger a mis hijos. El negocio está *en auge*.

Hace seis años, me separé de El Comediante y le compré la oficina de San Antonio. Ahora es toda mía y la he hecho crecer más de lo que su empresa jamás fue. Al principio me centré en los equipos profesionales, diseñando y rehaciendo docenas de armarios de atletas. Empezó con el hockey, pero luego añadí baloncesto y béisbol también. Una vez que los atletas estrella comenzaron a presumir sus nuevos armarios en Instagram y TikTok, mi negocio despegó como un cohete. Tenía que rechazar pedidos, era tan popular.

He construido un equipo increíble y he ganado más dinero del que jamás pensé que sería posible. Puede que solo haya aportado cinco mil dólares para nuestra casa, pero compré nuestra villa frente a la playa en Cabo yo sola. Estoy muy orgullosa de eso.

La vida ha sido un sueño con Sebastian.

Tenemos cuatro hijos increíbles, dos niñas y dos niños, y él sigue jugando al más alto nivel aunque la mayoría de los jugadores de su edad ya se han retirado. Juro que este hombre nunca va a bajar el ritmo.

Las Hyenas ganaron su partido fuera de casa anoche gracias a que Sebastian marcó dos goles. Veo todos los partidos, pero mi parte favorita sigue siendo las ruedas de prensa después, donde está todo sudado y sonrojado. Mi hombre sigue siendo tan guapo como siempre. En realidad, creo que se está poniendo más bueno con la edad. Me están gustando algunas de las canas que está empezando a tener.

—¡Feliz fin de semana! —digo mientras mis cuatro hijos entran en tropel en mi SUV.

—¿Papá va a estar en casa? —pregunta Sansa mientras se pone el cinturón de seguridad.

—Después de la cena —digo. Gimen decepcionados. Yo también estoy decepcionada. Me encanta llegar a casa y ver su cara.

—¿Qué tal una pizza para cenar? —pregunto mientras me alejo de la escuela. Todos vitorean.

Va a ser un buen fin de semana. Sebastian está en casa hasta el lunes, cuando tiene que ir a jugar a Toronto.

Nunca se lo diría, pero estoy deseando que se retire para tenerlo cerca todo el tiempo. Sé cuánto le gusta jugar, pero lo quiero todo para mí. Puedo ser un poco egoísta cuando se trata del tiempo de mi hombre.

Entramos en el camino de entrada y salimos en tropel del SUV. —¡No os olvidéis de vuestras mochilas! —grito mientras los niños se precipitan dentro de la casa con las manos vacías.

Shenzi sale corriendo por la puerta abierta y se abalanza sobre mí, resoplando y respirando pesadamente aunque solo ha corrido unos tres metros.

Esta perra siempre me hace reír. Eso es lo que tienen los pugs. Con su gracia descoordinada, sus ojos saltones como pelotas de ping-pong y sus colas enroscadas, te harán reír todos los días de su vida. Son los seres más torpes y extraños del reino animal y por eso los adoro.

—¡Hola, Shenzi! —digo mientras me arrodillo y la acaricio—. ¿Qué tal tu día?

Da vueltas en círculo poniéndose cada vez más emocionada mientras me cubre las piernas de pelo de perro.

—¿Has dormido todo el día otra vez?

Su lengua cuelga mientras me mira con sus ojos saltones.

—Vaya, te he echado de menos —resuena una voz profunda y familiar desde la casa.

Jadeo cuando levanto la vista y veo a mi marido saliendo de la casa con unos vaqueros y una camiseta gris ajustada. Todavía me deja sin aliento cada vez. Es magnífico.

—¿No se suponía que ibas a llegar más tarde esta noche? —pregunto con el corazón acelerado.

Me da esa sonrisa que tanto me gusta. —Sorpresa.

—Desde luego que lo es —digo mientras me pongo de pie, deseando no estar cubierta de pelo de perro—. Si lo hubiera sabido, habría dejado que los niños volvieran caminando de la escuela para darnos algo de tiempo a solas.

Se ríe. —Son más de treinta kilómetros.

—Me gusta tomarme mi tiempo —digo con una mirada seductora—. Cuando tienes una superestrella como Sebastian Kemp para dar placer, quieres que dure.

Se acerca a mí con paso decidido, agarra mi barbilla con su fuerte mano y levanta mi cabeza. Sus ardientes ojos azules están fijos en mis labios entreabiertos.

Oh, Dios...

Mi cuerpo ya está reaccionando. Lo *necesito*. No puedo esperar hasta que los niños estén

dormidos.

—¿Cobertizo?

Gimo mientras miro la intensidad voraz en sus ojos. —Cobertizo —susurro.

Los niños probablemente estén en línea con sus amigos o jugando a videojuegos dentro. Deberíamos tener una hora sin interrupciones, pero con la forma en que nuestros cuerpos están tan preparados y listos, dudo que necesitemos tanto tiempo.

Nos apresuramos hacia el cobertizo y nos colamos dentro, cerrando la puerta con llave detrás de nosotros.

Con el olor a gasolina del cortacésped y a cloro de la piscina, no es exactamente romántico, pero no estoy de humor para el romance. Estoy de humor para un buen polvo duro y eso es exactamente lo que vamos a hacer.

Mi marido bárbaro me inclina sobre el tractor, levanta mi falda, aparta mis bragas mojadas a un lado y mete su gran y dura polla en mi dolorido coño con un fuerte empujón de sus caderas.

Grito de placer cuando lo siento estirándome.

Se siente tan *bien*. Es tan grande. Tan jodidamente *duro*.

Empuja su gruesa polla dentro de mí una y otra vez hasta que estoy conteniendo gritos y corriéndome por toda su enorme verga.

Cierro los ojos y gimo cuando siento su polla palpitando dentro de mí, llenándome con su caliente semilla.

Es *increíble*. No solo es una estrella en el hockey. Es talentoso de tantas maneras...

Después de recuperarnos de nuestros intensos orgasmos, nos vestimos y salimos, fingiendo que estuvimos examinando una desbrozadora rota todo el tiempo, por si alguno de los niños anda cerca.

Lo haremos de nuevo apropiadamente con algo de juego previo y romance más tarde esta noche cuando los niños estén dormidos, pero eso debería mantenernos satisfechos por ahora.

El matrimonio con hijos... No siempre es perfecto, ¡pero siempre puede ser divertido!

EPÍLOGO

Sebastian

Cuarenta años después...

—¿Eres tú de verdad, abuelo? —pregunta Hunter mientras señala el busto de bronce que me representa en mis días de jugador. Está expuesto junto a mi camiseta firmada de las Hyenas colgada en la pared.

Estamos todos en el Salón de la Fama del Hockey: yo, Alina, nuestros cuatro hijos, sus cónyuges y nuestros doce nietos. Paramos aquí de camino de vuelta de nuestras vacaciones en Yellowstone.

—Claro que sí —digo mientras una oleada de viejos recuerdos me invade.

—¿Pero dónde están todas tus arrugas? —pregunta Hunter, con cara de confusión. Todos los adultos se ríen.

—No tenía arrugas en ese entonces —dice Alina con una cálida sonrisa—. ¿No era guapo?

Hunter arruga la cara y ladea la cabeza mientras mira fijamente el busto.

—Me gusta más con arrugas.

—¿Sabes qué? —dice Alina mientras me rodea con el brazo—. A mí también.

Sonrío mientras beso a mi chica en la cabeza. A mí también me gustan sus arrugas. Cada una se formó por una vida llena de sonrisas y risas. Nuestra felicidad a lo largo de los años es literalmente visible en nuestros rostros.

Hemos tenido la vida más increíble juntos. Cincuenta años y demasiados buenos momentos para contarlos.

—¿Por qué te llamaban El Francotirador? —pregunta mi nieta Nancy cuando ve mi antiguo apodo en la pared.

—Porque mataba gente, obvio —dice Hunter poniendo los ojos en blanco.

Intentamos no reírnos, pero este niño es gracioso sin esfuerzo.

—Mi amor no mató a nadie —dice Alina dándome un beso en la mejilla—. Le llamaban El Francotirador porque tenía el tiro más preciso de todos los tiempos. Si el portero era lo suficientemente tonto como para dejar un pequeño hueco abierto, Sebastian metía el disco, sin importar dónde estuviera.

—Sí, Hunter —dice Nancy con una mirada severa que me recuerda a su abuela.

Mi nuera Wendy está leyendo la placa en la pared.

—Es increíble —dice mientras se da la vuelta y me mira con asombro—. Después de todos estos años, sigues siendo el máximo goleador de la liga.

Soy el máximo goleador en el hockey y juro que también lo soy en el matrimonio. Apuesto a que si lo sumaras todo, soy el máximo goleador en cuanto a maridos y esposas. Nunca podía tener suficiente de mi hermosa mujercita. Incluso ahora que estamos a finales de los setenta, mi apetito por Alina sigue siendo insaciable.

—Un par de figuras han estado cerca de batir el récord de papá a lo largo de los años —dice mi hijo Shawn—. Pero sigue estando demasiado lejos para que alguien lo alcance.

—Con compañeros de equipo como Austin Gambill, Harris Sutton, Tucker McKinstry y Edvard Svensson, era fácil —digo, sonriendo al recordar cómo patinábamos con esos tipos. Éramos realmente algo digno de ver.

Convertimos a las Hyenas del peor equipo de la liga en una dinastía épica que quizás nunca sea superada.

Pero por muy talentoso que fuera, nunca podría haberlo hecho sin Alina.

Ella era mi roca.

Mi alma gemela.

Me dio más que récords sin importancia y estadísticas tontas.

Me dio una familia.

Un hogar amoroso al que regresar.

Un futuro al que mirar con ilusión.

Y aunque no nos quede mucho tiempo, voy a apreciar cada segundo que tenga con mi chica.

Como siempre he hecho.

El fin.

¡Más de esta serie disponible pronto!

Descubre los libros de Olivia T. Turner

https://www.oliviatturner.com/espanol.html

***

Ve directamente a Amazon.es.
https://www.amazon.es/stores/Olivia-T.-Turner/author/B06XYXNTHJ

OTRAS OBRAS



Perdido en las montañas

Los Chicos de la Montaña Greene

Libro 1

Olivia Turner

Obtén el libro aquí

Tomé un giro equivocado en estas locas carreteras de montaña en medio de una intensa tormenta y ahora estoy atascada.

La carretera es puro barro. O incluso podría ser arenas movedizas por la forma en que está tragándose mis neumáticos.

No voy a ninguna parte.

Lo cual es un fastidio porque tengo un lugar importante al que ir.

Soy la dama de honor en la boda de montaña de mi mejor amiga y la cena de ensayo es mañana.

¿Cómo demonios voy a llegar a tiempo?

No hay nadie alrededor para ayudar y si me alejo, probablemente termine siendo la cena de un oso grizzly.

Necesito un hombre.

Un hombre de montaña grande y musculoso para sacar mi coche del barro.

Y justo cuando estoy en mi momento más desesperado, uno aparece.

Tyler Becker.

Grandes músculos, tatuajes atractivos y una barba que podría hacer que una monja reconsidere sus decisiones de vida.

Sale de la camioneta como un sueño hecho realidad.

Y aquí estoy yo, pareciendo una pesadilla.

Mojada, malhumorada y cubierta de barro.

Pero por alguna razón loca, este guapo hombre de montaña está bastante prendado de mí.

Parece un poco obsesionado.

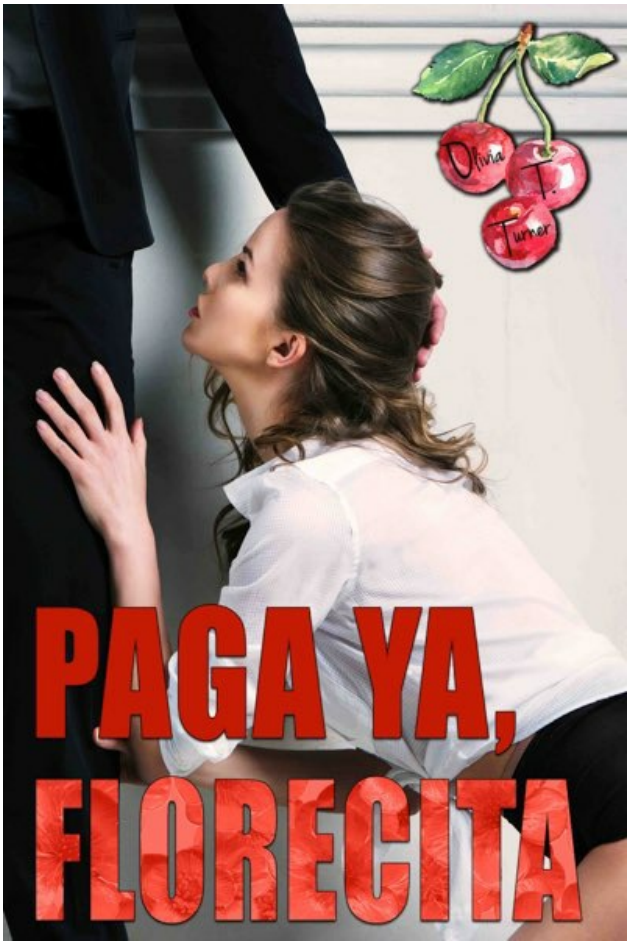
Para alguien que estaba irremediablemente perdida hace un minuto, De repente me siento encontrada...

Carrie puede estar perdida, pero está exactamente donde necesita estar: en los grandes brazos tatuados de un ardiente hombre de montaña posesivo. ¡Este alfa obsesivo sabe cómo tratar bien a una chica de ciudad!

Amor instantáneo con diferencia de edad en su máxima expresión en una lectura SEGURA sin infidelidades y con un final feliz súper dulce garantizado. ¡Disfrútalo!

Obtén el libro aquí

OTRAS OBRAS



Paga ya, florecita

Olivia Turner

Obtén el libro aquí

No quiero su dinero. Quiero a su hija.

Mi padre está en graves problemas.

Le debe dinero al hombre más poderoso de la Costa Este y no puede pagar.

Cuando me acerco al Sr. Connolly para intentar hacerme cargo del préstamo, él tiene una idea diferente.

Está dispuesto a perdonar la deuda si me someto a él.

Tengo que hacer lo que él ordene, cuando lo ordene.

Creo que este macho alfa exagerado está un poco obsesionado conmigo.

Menos mal que estoy disfrutando cada segundo...

Obtén el libro aquí